

José Pedro Manglano

El libro de la Misa

A stylized, lowercase letter 'm' in a green color, centered on the page. The letter has a classic, slightly serifed font style.

Morgan Software

© 2007 Morgan Software para la Edición Electrónica formato PDF.

Este libro pertenece a una biblioteca circulante. No puede venderse, arrendarse ni ser impreso.

Primera parte: Los viajes de la pequeña princesa

Érase una vez una pequeña princesa que habitaba en una buhardilla. No piensen ustedes que en el barrio la trataban como a una princesa. Todos sabemos que hay princesas de muchos tipos. Mientras que hay princesas que de princesa no tienen más que el título, hay otras princesas que de princesa lo tienen todo menos el título. Este es nuestro caso.

Su principado era inmenso, aunque las personas mayores lo despreciaban, y decían que era una vulgar buhardilla. Como solo ocupaba unos pocos metros de largo por otros menos metros de ancho, decían que no tenía valor. Para ellos el valor de las cosas depende de los metros.

Estaba lleno de tesoros. No podemos hacer un elenco de todas las riquezas del principado... ¡qué horror! ¡No hay cosa más inútil que esos largos inventarios de cosas! Lo que importa es que allí no faltaba nada. Era cuestión de meter la mano en uno de los baúles... casi siempre encontraba lo necesario. Y es que... cualquier cosa servía... casi casi para cualquier cosa.

Sus amigos pasaban mucho tiempo en aquel torreón. Allí habían tenido lugar las historias más increíbles. Batallas sangrientas, en las que el potente fusil en que se convierte un palo de madera en ciertos momentos, o simplemente una mano apuntando con el índice, era capaz de herir e incluso de matar. La verdad es que morían por muy poco tiempo, pues en unos segundos los mismos soldados que habían caído muertos volvían desafiantes a sus arriesgadas escaramuzas. Lógico... ¡si no estaban muertos! Les habían matado, y morían; pero como no estaban muertos, seguían. A las personas mayores les parecía una tontería, porque no entienden estas cosas. Pero en el principado de la buhardilla, como solo interesa la verdad, estas cosas resultan evidentes. También se habían vivido allí estupendas historias de amor. Pero no vamos a irnos por las ramas.

Ya saldrán más cosas. De momento, solo falta el rasgo que más personalidad imprimía a aquel principado: los graffiti –que llenaban las paredes, hasta con varias capas de dibujos-, y los libros -

por encima y a los lados del ventanuco los volúmenes se apilaban en todas las posiciones posibles-. Allí todo estaba vivo y ordenado. Bueno... hay que entenderlo bien, no vaya a ser que piensen ustedes que estaba ordenado ordenado: eso es triste y artificial. Estaba vivo y ordenado, hemos dicho: o sea, ordenado caótico.

Aunque solo les he hablado del lugar, quiero que sepan que lo mejor del principado era su princesa. No les hablaré ni mucho ni poco de ella. No hace falta. Pero lo que no se esperarán es que no les diga ni siquiera su nombre. Y no se lo digo porque ella nunca lo decía. Tenía claro que el nombre se lo tiene que ganar cada uno: si no, ¿para qué sirve? El nombre es la vida de uno mismo, el nombre es el sentido de la vida resumido en una palabra, el nombre es la estrella que marca el rumbo de cada biografía... El nombre es uno mismo. No le gustaba eso de que el nombre fuese por un lado, y la vida por otro, como algo independiente de uno mismo, elegido solo por su sonido. Para ella, el nombre era muy importante. ‘¡Mamá!: eso sí que es un nombre’. Prefería los pronombres. Pero era tan incómodo no poderle llamar de ninguna manera..., siempre con el ‘¡joye, tú!’, que sus amigos acabaron por nombrarla. ¿Saben cómo?

Para entenderlo, deben saber que las vigas de madera eran importantes en aquella buhardilla: unas surcaban el techo como serpientes de uno a otro lado, otras cruzaban en diagonal tramos de las paredes, pero la más importante, plantada sobre el suelo, formaba una gran T con el techo, haciendo de aquel lugar un enorme hongo. Y no digo lo del hongo para ponerme poético, sino porque aquel tronco de encina era como la madre de muchos otros pequeños hongos de piel brillante que la poblaban en todas las épocas del año. Los mayores, con su manía de ser científicos, llaman a estos elegantes seres vivos con sombrero ‘Ganoderma lucidum’, pero su nombre de batalla es simplemente ‘Pipa’. Y así le llamaban: Pipa. Y Pipa lo aceptaba.

Por qué lo aceptaba, no lo sabemos: esas cosas no se dicen. Lo que es cierto es que la ‘pipa’, además de ser brillante, lúcida, luminosa... posee infinidad de aplicaciones medicinales: desde sedante, afrodisíaco, hipnótico, hipoglucémico, estimulante,

revitalizador, anticancerígeno... Quizá esas dos características le gustaban a nuestra princesa para dibujar su existencia.

Me imagino que estarán pensando qué les importa a ustedes todo esto. No lo sé. Quizá nada, quizá mucho. Lo que sí les puedo asegurar es que con este tipo de princesas se manifiestan mundos que tenemos al lado... y no habíamos descubierto.

La pequeña princesa salía con frecuencia, como todo el mundo. Colegio, compras, casas de amigos, la plaza, tiendas, cine, templo, casas de primos, campo, complejos comerciales, bolera... Disfrutaba con todo. Con todo, o mejor, con casi todo. El dentista, por ejemplo, le ponía histérica; las visitas a su abuela, jugando al tute con sus amigas sin afeitado, le resultaban odiosas; ir en navidad a saludar a esos hombres pintados, con olor a sudor y vestidos de reyes magos, le hacía sentirse ridícula... A parte de estas cosas, había algo que le resultaba oscuro, aburrido, plano, repetido, pesado... Las personas mayores le daban importancia, pero les preguntaba... y no les entendía. Se trataba de la misa.

Cada domingo se volvía a repetir la situación. Había probado de todo: desde cargarse de palomitas los bolsillos, mandar mensajes desde el móvil, contar ladrillos, observar el parecido en las familias, fijarse en los matrimonios para interpretar quién de los dos llevaba los pantalones en cada casa, contar el número de veces que el párroco utilizaba su muletilla 'es decir', contar bombillas...

Y, sin embargo, cada domingo, en misa, se encendía una lucecita en su cabeza que le hacía presagiar, detrás de lo que veía, un mundo desconocido y misterioso. Aunque las explicaciones de los mayores le resultaban poco comprensibles, algo le hacía suponer que la misa debería ser más fácil para los niños. "¡Es que las personas mayores...!" Se había dado cuenta de que los mayores están tan necesitados de comprenderlo todo, de razonarlo todo, de controlarlo todo... que les cuesta mucho ver lo invisible. Son tan esclavos del espacio... que solo ven los metros cuadrados que tienen delante. Son tan esclavos del tiempo... que todo lo que ocurre lo colocan ahora, antes o después. No se dan cuenta de que los ojos que tenemos en la cara son muy pequeños en comparación con... No sé cómo

explicarlo. Quien sabe mirar es todo ojos, y no solo las dos bolitas blancas alojadas bajo el porche de las cejas.

Intuía que en la misa saltan por los aires las cosas tan estáticas y rígidas que nos muestran los ojos. “A los niños, sin embargo, nos gusta vivir en un mundo más real, más libre. Nos basta con ‘Erase una vez...’, o ‘En un país lejano...’ Nos importa más la verdad que la demostración”, pensaba ella, y... con razón.

En estas páginas recogemos el trabajo de investigación periodística que hizo Sofía. Estaba cansada de no entender las explicaciones que los mayores le daban acerca de la eucaristía.

Quería ser periodista –decía que lo suyo era el ‘periodismo de investigación’-, y no estaba dispuesta a esperar a ser mayor para ejercer. Ese verano empezaría. Le hacía ilusión escribir un libro en el que los pequeños explicasen a los mayores lo que es la misa. El mismo día que le dieron las vacaciones, se puso manos a la obra. Y esto es lo que le sucedió.

Mister Tolkien y la batalla de la historia

Cuando Pipa contaba algo, lo hacía tan detalladamente que sus historias resultaban interminables. Menos mal que hablaba rápido, pero... a pesar de todo, por sencillo que fuese lo que quería relatar, le llevaba mucho tiempo, casi tanto como el tiempo real en el que habían transcurrido los hechos. Su madre siempre le decía que tenía que aprender a resumir, porque si no... resultaba pesada, muy pesada.

Si le costaba resumir, era porque se había propuesto decididamente ser una buena periodista, y tenía muy claro que si se habla de algo sin ponerlo en su contexto... no es posible que los demás se hagan cargo.

Tanto es así, que su primera decisión fue comenzar su trabajo sobre la eucaristía dibujando un contexto. Sí. Un contexto. Pensó que hablar de la misa sin conocer la historia de la que forma parte, sería

tan absurdo como hablar del anillo de Frodo sin conocer la historia de El Señor de los Anillos.

¡Por cierto!: ese libro de J. R. R. Tolkien le había parecido apasionante, aunque reconocía que algunas cosas se le escapaban. Se le encendió la bombilla cuando cayó en la cuenta de que este escritor inglés era cristiano: ‘Será él mismo quien me ayude a resumir la historia del mundo’ –pensó-. Se armó de grabadora y cuadernos y... ¡a por su primer interlocutor! Lo encontró en Bournemouth, donde se había retirado hacía unos meses por la delicada salud de Edith, su mujer. Ella dormía en su habitación.

-¡Oh! –exclamó Tolkien, sorprendido por las pretensiones de la pequeña princesa-. No es fácil lo que me pides. Veamos –comentó, mientras recogía los papeles que tenía sobre la mesa-.

-Aaaaa...chiss!!!

-¿Te has resfriado? Estás empapada. Espera, voy a por algo de ropa seca y una jarra de cerveza de mantequilla, ¿quieres?

La cara de ilusión de Pipa no necesitaba respuesta.

-Recuerda la despedida de Jesús –dijo mientras trajinaba en la cocina con voz baja, para no despertar a Edith-. Cuando dijo a sus discípulos que se iba al Padre y que volvería para estar junto con cada uno de los que le siguiesen, añadió: “Ya no hablaré mucho con vosotros, pues se acerca el Príncipe de este mundo”. Es impresionante, ¿no te parece?

-Impresionante... ¿qué?

-Pues que Jesús es Dios hecho hombre, que viene al mundo suyo... y dice que el Príncipe de este mundo no es él.

-¿Quién es entonces?

-El Adversario, el Ángel caído, el Maligno. Ya sabes que me gustan mucho las lenguas. Príncipe viene de la palabra latina princeps, que significa ‘el primero, jefe, principal, soberano’. El príncipe es aquel a quien se le sigue, el que va a la cabeza, el primero de un grupo. Jesús dice que el príncipe de este mundo es Satanás. Fíjate que en la historia El Señor de los Anillos, y en tantas otras que

se han escrito, inventamos un mundo en el que se sostiene una gran batalla entre el bien y el mal. Sin embargo, Jesús enseña que la historia de este mundo no se entabla entre las fuerzas del bien y del mal, sino entre el Bueno y el Malo.

-¡Caramba! –exclamó Pipa llena de curiosidad por todo aquello-. ¡Así como la lucha que existe entre Superman y Lex Luthor!

-Exactamente, Jesús dice que...

-¡O entre Batman y el Joker!

-Sí, muy bien. Como te comentaba antes, Jesús dice que...

-¡O como lucha constante entre Tom y Jerry!

-Me parece que ese ya no es tan buen ejemplo. En todo caso Jesús dice que...

-O como...

-¿Me puedes dejar hablar, muchachita? -exclamó Mister Tolkien con visibles muestras de desesperación-

-Lo siento –dijo Pipa falsamente avergonzada mientras en sus ojos se podía adivinar que aún seguía buscando en su mente más ejemplos-. ¿Y quién gana? –preguntó finalmente con genuina curiosidad-

-Jesús dice que el príncipe es Satanás, que se ha rebelado contra Dios, y que consiguió mover a muchos en contra de Él hasta conseguir rechazarle. La mejor manera de expulsarle era matarle. Y así lo hicieron.

-¡Oh, qué pena! Es como echar a uno de su casa.

-Es impresionante: Dios viene al mundo, y el mundo le dice que no, le dice el No –¡el gran No de la historia!-. Satanás le ha robado el mundo a Dios. Ningún escritor sería capaz de inventar una historia como la historia real, ni siquiera yo, que no lo hago nada mal. Satanás se convierte en el Príncipe del mundo. Por eso, siempre en el mundo ha habido y siempre habrá mucho mal, y muchos males consecuencias del mal... y –lo peor de todo- muchos malos.

-O sea, que unos se hacen malos???

-Sí. Muchos no se dan cuenta, pero el campo de batalla entre el Bueno y el Malo se encuentra en un lugar invisible.

-¿Sí?, ¿dónde?

-En el interior de cada uno. Y ahí dentro, en el corazón, cada uno decide, en muchos momentos, si le da la victoria a uno o a otro. La verdad es que en la historia el Malo ha conseguido vencer muchas veces.

-¿Gana el malo? Claro, claro, como en el cine, para poder sacar las segundas y terceras partes de las películas.

Mr. Tolkien acusó el golpe pero antes de que pudiera decir nada Pipa se adelantó

-O sea, que la batalla continúa.

-Los hombres no somos ni puramente buenos, ni puramente malos, pero con esas batallas que se dan en nuestro interior, nos vamos haciendo buenos o malos dependiendo de a quién le dejamos ganar.

-Oiga, Mister Tolkien, pues... ¿sabe qué? Que me está entrando un poco de vértigo. No sé si será esta cerveza extraña que me ha dado, o... que lo que me está diciendo es muy serio. ¡No tendrá alcohol esta cerveza! ¿no?

-No te preocupes, mujer –le dijo con una sonrisa-: es de la mejor y más pura mantequilla. Verás. Es verdad que en el mundo siempre habrá una batalla, la hay cada día –no tienes más que ver el periódico, una familia o una pandilla de amigos-. Jesús quiere que reine paz, alegría, amor, justicia... y sin embargo en el mundo... hay mucha guerra, tristeza, rencor, injusticia...

-O sea, que el mundo es esclavo del Príncipe Satanás,

-Así es. Y los cristianos somos los que queremos que reine Jesús. Él trae el reino de los cielos; quiere liberar al mundo de Satanás, liberando a cada persona del mal.

-Entonces, ¿Jesús es el libertador?

-Efectivamente. Él es el salvador. A mí me gusta llamarle Healer, ‘el Curador’.

-¿Y dónde está ese reino?

-No lo olvides, Pipa. El campo de batalla es el corazón de cada hombre. El Reino de los Cielos –que es la vida de Dios- está dentro del hombre que lo acepta. Lo dijo Él: el Reino ya está en este mundo, se encuentra dentro de vosotros. Por eso, el primer paso es que reine dentro de cada uno. Esa liberación la tiene que realizar el espíritu de Jesús -el Espíritu Santo- en cada uno de sus seguidores.

-Bueno. Pero... no me ha contestado. ¿Quién gana la batalla?

-Jesús[1]. Él es el Señor de la historia.

-Pero... no le hicieron caso, no creyeron lo que él decía, se quedó solo, le machacaron y terminó crucificado. Por lo menos eso es lo que he oído en la misa, aunque claro, el cura ya está un poco viejito y a veces no se le entiende, pero... ¿dice que gana él?

Tolkien comprendía que la cuestión no era fácil. Se levantó, eligió una de las grandes carpetas de la estantería, y después de buscar y rebuscar sacó la copia de una carta.

-Mira lo que escribí en esta carta, poco después de la publicación de El Señor de los Anillos.

Pipa se fijó en la fecha: 1956. Leyó donde le señaló con el dedo.

“Soy, en efecto, cristiano (...), de modo que no espero que la ‘historia’ sea otra cosa que una ‘larga derrota’, aunque contenga (y en una leyenda puede contener más clara y conmovedoramente) algunas muestras o atisbos de victoria final”[2].

-¿Entiendes? Mira -dijo Tolkien encendiendo su enorme pipa, como buscando en el humo una ayuda para encontrar las palabras exactas-. En una historia de las que inventamos –en un mito-, es más fácil hacer ver la victoria final; pero en la historia real es más difícil, porque estamos metidos dentro, y el final definitivo no llegará hasta el final. Pero los cristianos conocemos ya el final de la historia. Es verdad que aparentemente gana el Adversario de Dios (la historia la

vivimos como una ‘larga derrota’ del Bueno). Pero Jesús transforma esa aparente derrota en victoria (sabemos que la historia tiene un merecido final feliz).

-¿Cómo es eso? –preguntó Pipa, que había advertido el énfasis que puso su interlocutor en la palabra ‘transforma’-.

- Aquí viene lo más grande de la historia. El mundo le dice no a Dios, pero Jesús supera todo el “no” humano contra Dios pronunciando un sí al Padre[3]. Lo que hacen los hombres es una auténtica barbaridad. Pero Jesús saca de ese mal el mayor bien. ¿Quieres saber cómo? Te voy a decir tres cosas que transforma.

Pipa se concentró para tomar nota de aquellas tres transformaciones, con ilusión de entender algo.

-Primera. Parece que a Jesús le cogen preso, pero el día antes les dijo que era él quien se entregaba libremente. Todo lo que padece, lo padece libremente. Por eso te digo que ‘parece’ que le cogen preso: no le cogen, sino que se entrega. Apunta esto –dijo a Pipa, que ya se había despistado-: Jesús transforma su muerte en sacrificio libre que ofrece a su Padre Dios (como sabes, lo ofrece por la salvación de los hombres).

-Claro, así como en algunas películas de amor, en las que el hombre da su vida por salvar a su amada, son tan bonitas esas pelis, a mi tía Lucrecia le encantan y además...-ante el gesto severo de Mr. Tolkien, Pipa se interrumpió enseguida poniéndose el dedo índice en los labios, como mandándose ella misma a hacer silencio

Mr. Tolkien, complacido, prosiguió

-Segunda transformación. Hasta Jesús, la muerte había sido la separación definitiva –esto lo dijo lentamente, con dolor. Pipa se dio cuenta; le había comentado que su mujer ‘declinaba lentamente’ hacia la muerte, y a Tolkien le dolía pensar en la separación. Se sobrepuso y continuó-. Jesús transforma la muerte en unión: da su cuerpo como alimento, para que comulgando podamos unirnos íntimamente a él. Así, gracias a su muerte, nos da su vida.

Y tercera transformación. A los tres días resucita, es decir, mata a la muerte. Eso es lo más grande de la historia: porque quiere

decir que Jesús es más poderoso que la muerte. Jesús ha matado a la muerte. ¡Tú sabes lo que significa eso! –exclamó el escritor con verdadero entusiasmo-. El hombre que acepta a Cristo también vencerá la muerte: morirá pero resucitará con Cristo[4]. Eso supone que nosotros también podremos seguir viviendo después de la muerte: viviremos con Jesús dentro de Dios –en el Reino de los Cielos-. Esto es: salimos de Dios, y volveremos a Dios. ¡Seremos felices por toda la eternidad! -exclamó satisfecho mientras daba una chupada a su pipa, tan potente que Pipa se sorprendió de que no acabase en el estómago aquel trozo de madera tallada.

-¡Caramba! –volvió a exclamar Pipa-. ¡Esto es fantástico!

-No, no es fantástico: lo fantástico es irreal. Esto es realidad, es lo que ha pasado, es un acontecimiento ocurrido en la historia. La historia de El Señor de los Anillos sí que es fantasía: es un mito. Pero la historia de la que estamos hablando ahora no es un mito: es verdad, es ‘historia’. La historia de Cristo es simplemente un mito verdadero, un mito que funciona del mismo modo que los otros, pero un mito que ha sucedido de verdad. Que sepas que descubrir esto es lo que cambió la vida de mi amigo C.S. Lewis y le llevó al cristianismo. Los hombres creían que crucificándole ya le habían vencido definitivamente, y resulta que Jesús transforma las cosas de manera que la cruz acaba siendo el signo de la victoria. Por eso, aunque el príncipe de este mundo gane muchas batallas, y siga imponiéndose en el mundo, la victoria final es de Dios, porque el Príncipe del mundo no tiene poder sobre Jesús.

-Mister Tolkien. Cuando veo su optimismo me recuerda a Gandalf.

-Hablando de Gandalf... ¿Dónde estará esta carta? Es del otro día... dónde estará dónde dónde... -murmuró-. Aquí está. Lee ahí.

-“Gandalf agregó que no nos corresponde a nosotros elegir la época en que nacemos, sino hacer lo que esté de nuestra parte para componerla; pero el espíritu de la maldad en los sitios encumbrados es ahora tan poderoso y sus encarnaciones tienen tantas cabezas, que no parece habrá nada más que hacer que negarnos personalmente a venerar cualquiera de las cabezas de hidra...”.[5]

-¿Sabes lo que quiero decir? –preguntó a Pipa, mientras se echaba hacia delante y apoyaba sus codos sobre el grueso pantalón de pana-. Hay mucha maldad en el mundo. Hay sombra y oscuridad. La vida es lucha[6]. Muchos no se dan cuenta, pero la vida es una batalla. El momento clave de esta batalla es el gran Acontecimiento, el Evento, la victoria de Jesús, que ya ha empezado y será definitiva al final.

Tolkien continuó explayándose, y la novata periodista, anotó en su cuaderno: ‘EVENTO: La muerte y resurrección de Jesús es el acontecimiento de la historia’.

Pipa leía y releía las anotaciones que había hecho, mordía suavemente la punta de su bolígrafo levantando la cabeza, y con los ojos entornados miraba al techo como si eso pudiera ayudarle a comprender mejor. Quería un contexto para entender la misa, pero tenía la duda de que todo aquello tuviese algo que ver con lo que buscaba. Tolkien se dio cuenta.

-Aunque es mejor que vayas poco a poco investigando, puedo adelantarte algo. En la misa se celebra la gran victoria del Bueno, que nos salva. El Evento es el acto de amor más grande de Dios hacia los hombres. En cada misa aceptamos esa salvación –o mejor, aceptamos al Salvador, a Jesús-, y la agradecemos[7]. La misa es el arma fundamental para esta batalla. En la misa, cada uno se une a Jesucristo escuchándole, comiéndole, dejándose poseer por su Espíritu, y anticipando ya la victoria final.

En ese momento se volvió a levantar y le trajo el tercer tomo de El Señor de los Anillos y le señaló un párrafo de la página 242.

-Lee esto en voz alta –le dijo, mientras se lo entregaba-.

-“...más allá de todas las torres altas y poderosas,
más allá de todas las montañas escarpadas,
por encima de todas las sombras cabalga el Sol
y eternamente moran las Estrellas.

No diré que el Día ha terminado,

ni he de decir adiós a las Estrellas.”

A Tolkien le entusiasmaba escuchar de la voz de un niño el mito que había creado para sus hijos ya mayores. Y añadió:

-En cada misa se ve el Sol y las Estrellas. Se recuerda la victoria final. Uno se introduce en el sol. Quizá cada misa sea como Lúthien. En la misa celebramos ahora el costoso triunfo del bien sobre el mal, el merecido final feliz. Es el hecho central de la historia de los hombres, de la batalla entre el Bueno y el Malo.

...y su consejo: ‘Bendito el que viene’

Se oyó la voz de su mujer, que le llamaba. Mister Tolkien le gritó que enseguida estaba con ella. Pipa contó la idea que tenía de añadir al final de cada capítulo algo práctico.

-Te digo lo que escribí a uno de mis hijos: “Ahora rezo por todos vosotros, sin descanso, para que el Curador corrija mis defectos y ninguno de vosotros deje nunca de exclamar: ‘Bendito el que viene en nombre del Señor’.”

- Me suena que esas palabras se dicen en la misa –dijo Pipa-

-Se dicen al comienzo de la Plegaria eucarística, antes de la consagración, porque va a venir Jesús sobre el altar: Hosana, alegría, alabanza... al que viene en el nombre de Dios; bendito el que va a venir dentro de unos momentos. Cuando las digas, recuerda que Jesucristo vino, que viene en cada misa, y que vendrá al final. Nosotros estamos en la gran batalla, y peleamos con él, y venceremos con él.

Pipa entendió que eso era lo que significaban las últimas palabras leídas, y se las volvió a leer.

-“Por encima de todas las sombras cabalga el Sol
y eternamente moran las Estrellas.
No diré que el Día ha terminado,
ni he de decir adiós a las Estrellas.”

Mister Tolkien se emocionó. Le dio un beso y le dijo.

-Si hubieses venido unos meses más tarde, te hubiese regalado este libro que estoy terminando. Se titulará El Silmarillion: la tranquilidad de este lugar –demasiada, la verdad-, me ha possibilitado reanudar este libro. Pero toma este: Cartas a Papá Noel. Lo escribí cuando mis hijos eran como tú.

Pipa dio por terminado su resumen acerca de la historia para enmarcar su trabajo. Al volver a casa, aunque pensaba en todas las cosas nuevas que había aprendido de Mr. Tolkien, sin embargo experimentaba un ligero temor: sentía que a pesar de tener conocimientos nuevos acerca de la misa, ahora su confusión era, aún mayor. No se desanimó. Alguna vez alguien había dicho que empezar a conocer significa también empezar a dudar más, y tenía la corazonada -y sus corazonadas nunca fallaban- de que con sus futuras entrevistas, esto que ahora había aprendido y que le parecía un poco borroso, se aclararía más y más.

Antes de que el sueño le venciera, empezó a hojear un ejemplar de El Señor de los Anillos, que le habían regalado hacía tiempo. Estaba muy cansada para leer, así que se dejó acariciar por la magia y la belleza de las ilustraciones. Y se le ocurrió que tal vez podría entender mejor la misa si tuviera algunas buenas imágenes. Pero no imágenes hechas por los adultos, como esas que pueblan los museos y que para ella eran muy poco llamativas –aparte de que no tenía la altura necesaria para poder apreciarlas bien en los museos-. ‘Está más que claro que las pintaron adultos... para adultos’ recuerda haber pensado en su primera y última visita a un Museo. A ella le gustaría dibujos realizados por pequeños, dibujos más libres, con los que pretendía llenar su cuaderno.

Satisfecha con su idea, confió dormir a pierna suelta, pues al día siguiente tenía pensado hacer una buena entrevista, y había escogido –nada más ni nada menos- a san Pedro.

El famoso pescador y la dichosa ‘institución’

-Así, a bocajarro, no sé qué decirte –le contestó san Pedro, mientras se frotaba la frente. Pipa se asustó al ver aquellos enormes dedazos: era como si de la palma de su mano salieran cinco brazos como el suyo. Pensó en su categoría de periodista, y se envalentonó.

-Pues si no lo sabe usted... ¿quién lo va a saber? Es el primero a quien pregunto porque usted ha sido el primer jefe de la iglesia. ¿No es así?

-Lo siento, pequeña, pero no es así. Seguramente todavía no hayas leído ningún escrito de un Papa. ¿Sabes cómo firman? Yo solo escribí un par de cartas y no se me ocurrió despedirme con ninguna fórmula fija. Pablo VI lo hace así: Pablo, el Siervo de los siervos de Dios.

-Muy bien, perdone, no lo sabía. Me corrijo: usted ha sido el primer siervo de la Iglesia.

Lo dijo Pipa un poco molesta; tal vez incluso con ella misma era un poco rigurosa –‘profesional’, diría ella-, y no le gustaba ser imprecisa. El famoso pescador, así... de entrada, no le había caído muy bien. Sin embargo, continuó.

-Pero lo que quiero es saber qué es para usted la misa.

-¿Qué hace un siervo?

-Servir... ¡eso sí que lo sé! -puso un ligero énfasis en estas últimas palabras, como proclamación de un pequeño triunfo-.

-Pues eso es la misa: un servicio. Y no me trates de usted, que no estoy acostumbrado.

Aquello le gustó a la joven periodista: en una palabra –‘la misa es un servicio’- tenía resuelta la cuestión, y esbozó una sonrisa,

aunque presentía que no le resultaría demasiado útil, pues no lo entendía, y la sonrisita evolucionó entonces en una especie de mueca curiosa.

A Pedro le hizo gracia el gesto.

–Ahora bien, si quieres ir a por nota, apunta esto: desde los primeros años, los cristianos tomamos la palabra griega liturgia.

-Li...qué???

-Liturgia, sí. Significaba el servicio del culto del pueblo a los dioses. Cualquier servicio que se hacía a la divinidad, dentro de un culto, lo llamaban así: liturgia.

Y entonces empezó a hablar y a hablar... ‘como si nunca le hiciesen entrevistas’ –pensó Pipa para sus adentros-. La pobre no le pudo seguir demasiado bien, pero al final hizo tres dibujos con sus tres anotaciones, con la esperanza de preguntarle luego con más detenimiento.

1. Un cartel. Me ha insistido en que esto es fundamental. Una institución es un servicio instituido, fijado de antemano, que siempre se hace de la misma manera, de una forma ya establecida; un servicio que tiene una forma determinada de hacerse. O sea, que es siempre igual. No se me ocurre otro dibujo que éste -y dibujó un cartel con la palabra ‘institución’-.

2. Una escalera colgante. Me ha dicho que esa institución la crea Jesús y la da a los hombres que le siguen –a la iglesia-. La crea y la da antes de morir en la cruz, en la Última Cena, cuando les dice ‘Haced esto en memoria mía’. La escalera está tirada desde arriba y cae hasta rozar el suelo, porque no se levanta sobre una idea de los hombres, sino que sale al encuentro del hombre para que sea acogida, para que se confíe en ella.

3. La perla y la caja-estuche. Lo que se hace en esa institución es la perla, y los apóstoles -la iglesia- ponen el estuche. Jesús no dejó fijados todos los detalles de esa institución, sino que dio la posibilidad a los apóstoles de acompañar la joya de formas, gestos y oraciones que envolviesen con cuidado lo que les entregaba: es decir, tenían que rodearla de las formas concretas que quisiesen,

manteniendo lo fundamental que él hizo en la Última Cena –y dibujó una caja con una perla dentro-.

A Pedro le picó la curiosidad al verla tan afanosamente metida en su cuaderno. Se lo tomó y no tardó en sonreír.

-¡Caramba! Ya que estamos a solas te diré que no sé leer. Pero están bien estos dibujos. ¿Qué pone aquí? –le preguntó mientras le señalaba el primero de los dibujos-.

-‘Institución’.

-Ah, muy bien. Es una institución. Lo que te he dicho quizá no sea lo más esencial de la misa –de hecho, no te he dicho en qué consiste-, pero como soy el primero a quien entrevistas –y aquí Pipa no quiso desilusionarle hablándole de Tolkien- te he dicho esto porque sí es lo primero para poder comprenderla. ¿Te puedo hacer yo un dibujo de la misa?

Le tomó el cuaderno y dibujó torpemente una caja.

-Me encanta dibujar cajas.

-Pipaaaaa, Pipaaaaa... ¡Baja, que la cena está puesta!

-Me llama mi madre. Pero... antes dime: si no es esto la misa, por qué me haces gastar mi entrevista para nada –le dijo rebelde-.

-Es lo primero para poder comprenderla –le contestó, queriendo consolarla-. Mira: es una institución por la que Dios y los hombres se ponen en contacto. La misa es la puerta del cielo para que podamos entrar en la alegría del Padre mientras estamos en este mundo[8]. Dios se da al hombre y el hombre se da a Dios. Pero no es nada sentimental: puede resultar fría; es austera. Encierra ideas y realidades muy grandes, pero las cosas que se hacen durante la misa no emocionan, todo queda bastante oculto.

Enseguida Pipa tomó el cuaderno y completó el primer dibujo. Junto al cartel con el rótulo ‘Institución’ dibujó una puerta que separaba dos mundos. San Pedro, como se daba cuenta que no había conseguido consolarla, le preguntó:

-Si estás lejos de tu madre, ¿qué prefieres? ¿Ver una foto muy tierna o hablar con ella por teléfono?

-Pues hablar -dijo Pipa con una rapidez con la que parecía querer denunciar la obviedad de la respuesta-. No quiero algo que me la recuerde, sino que quiero comunicarme con ella-.

-Pues eso es la misa: una institución que Jesús crea en la que los cristianos –juntos, en comunidad- entran realmente en relación directa con el mismo Dios. No nace de la espontaneidad de los que están. La emoción personal no lleva la iniciativa. La libertad de manifestar la inventiva religiosa de cada uno no es la que dice qué hacer en cada momento. No. Es un servicio ya instituido por Él: es la escalera que has dibujado.

-Como si habláramos por teléfono con Jesús, sólo que es Él quien tiene que llamarnos, y nosotros atender su llamada –murmuró Pipa en voz muy baja, menos para San Pedro que para ella misma-. Bueno, gracias. De verdad, gracias. Me tengo que ir. Ojalá podamos volver a vernos. O mejor: ¿no te importaría esperarme un momento aquí? Me tomo el sandwich en un plis-plas y subo, porque tengo un par de preguntas.

-De acuerdo. Aquí te espero.

Y bajó la escalera mientras repetía: ‘la misa es una institución, la misa es una institución’. Y antes de descender el último peldaño escribió:

-Dios creó las estrellas, el mar y los peces, la tierra y las plantas... y creó esta institución: la misa.

Estaba contenta. Muy contenta. Quizá porque aunque todavía no sabía lo que la misa era por dentro, ya tenía el envoltorio: una institución. Eso le daba mucha tranquilidad, porque aunque tuviese ganas o no de ir, se distrajesse más o menos... allí ocurría siempre lo mismo, y ella participaba. ‘Ventajas de que sea una institución -dijo como chuleando para sus adentros-. Siempre es lo que es. Cada vez que voy a misa entro por esa puerta, subo esa escalera, gozo de esa joya’.

Y se puso a cenar más contenta que nadie. Enseguida estaba de nuevo con Pedro.

-Oye, Pedro, no te enfades... pero cuando voy a misa sí veo que es siempre casi todo igual. Hasta ahí, de acuerdo. Y que es igual porque fue instituido por Jesucristo. Pero que sea un servicio... no lo entiendo. ¿Servicio... de quién a quién?

-Me gusta, pequeña, me gusta. Los niños lo queréis saber todo. En su última Cena con nosotros, Jesús nos dio a los apóstoles su vida y el poder sobre su vida: haced esto en conmemoración mía. ¿De acuerdo?

-Sí, sí, de acuerdo.

-Pues bien. La iglesia sirve a Dios haciendo la Última Cena todos los días en todos los lugares[9].

-Entonces, ¿por qué la misa dura tanto? Si se tratara de recrear la última cena, bastaría con reproducir las palabras de la consagración: esto es mi cuerpo, este es el cáliz de mi sangre, levantarse, hacer la fila en la iglesia, comulgar... y ya está.

-Jesús le da la perla. Y la Iglesia pone el estuche en esta obra salvadora de Cristo. Bueno, la verdad es que Cristo y la Iglesia obran inseparablemente, pero para que me entiendas... Jesús pone la perla y la Iglesia el estuche.

-¿Y para qué sirve el estuche si lo verdaderamente importante es la perla? Siempre que recibo regalos, tiro el estuche, el envoltorio, y me quedo con los regalos, aunque en el últimos cumpleaños, casi valían más la pena algunos estuches que los mismo regalos, sobre todo los de la tía Lucrecia, que me regaló un libro aburridísimo de plantas, que además creo que se me ha perdido, pero que estaba envuelto en un papel super...

-Ya estamos –interrumpió divertido San Pedro-. Los jóvenes siempre tan utilitaristas y prácticos. ¡El estuche enriquece y embellece la perla! Toda la misa es un servicio que tiene sentido, pero que no es útil.

-¿Y qué sentido tiene entonces, si no es útil?

-Crea el ambiente, la atmósfera adecuada para que el alma pueda crecer y desarrollar su vida íntima. Brinda la ocasión al cristiano de situarse ante Dios, de entrar en su presencia. Así, el hombre puede vivir dentro de ese mundo de verdades, de realidades, de misterios divinos: le ayuda a pedirle perdón, a darle gracias, a alabarle, a escucharle, a devolverle lo que de él ha recibido, a recordar las verdades que son la base de su existencia... y a acoger el regalo de Jesús –acogerle a él, pues él es el regalo-.

-A ver si he entendido. Hace poco estuve en la boda de un tío mío. Después de estar en la iglesia fuimos a un restaurante: estuvimos tres horas comiendo. ¡La comida más larga de mi vida!

-Exacto. No fuisteis allí para alimentaros: eso lo podíais haber hecho en cinco minutos.

-Empezó con aperitivo, entrada de los novios con aplausos, primer plato y segundo, el numerito de partir la tarta, entregar las figuritas de los novios a los que querían que se casasen próximamente, brindis, saludo de los novios por las mesas, recitales, baile, luego la novia lanzó el ramo, la tía Lucrecia y otra señora tirándose de los pelos por quedarse con él...

-Claro. No ibais a alimentaros, sino a celebrar la alegría, compartirla con ellos, estar juntos, acogerles... Todo eso son formas de manifestar, expresar y crear una alegría.

-Pedro, tranquilo, no te enfades, pero ¿para qué sirve todo eso?

-Para vivir la boda. Y toda la liturgia de la misa, todo lo que hacemos entorno a la memoria de la Última Cena de Jesús, sirve para vivir en la presencia de Dios, y llenarnos de la vida de Dios, para ser capaces de recibir lo que Jesús nos quiere dar en cada Última Cena.

-¿Y qué les digo a mis amigos cuando me pregunten para qué sirve la misa? Me acabas de decir que la misa es inútil, entonces me confundes un poco ¿Podrías ser un poco más claro Pedro? -preguntó Pipa con todo el tacto del que era capaz, no fuera a ser que Pedro se enfadara-.

-Diles que es una institución. Eso siempre lo primero. Y que la razón de ser de la misa no somos los hombres, sino Dios: en la misa

el hombre no se vuelve sobre sí mismo, sino sobre Dios. En la misa los hombres nos ponemos en la presencia de Dios, dirigimos la mirada hacia él, tratamos de contemplar su bondad y grandeza, y así... vamos viviendo su propia vida.

-Claro si la razón de la misa fuéramos los hombres, pues nos iríamos a otro lado a hacer una fiesta y celebrar, y no a la iglesia, eso lo entiendo. Pero...la misa es un poco aburrida, ¿no te parece?

-A mí no me lo parece, pero entiendo que a ti sí te lo parezca. Ve a estar en la presencia de Dios... a estar delante de él, a aprovechar el gran estuche para recibir la perla... y poco a poco te irá ganando. Y tranquila, porque ya sabes que, como es una institución, siempre se realiza lo que la iglesia y Cristo hacen. En la medida en que te metas, mejor. Irás aprendiendo poco a poco... pero solo si vas con la intención de meterte. ¿Tienes por ahí una biblia?

Pipa no tenía biblias, pero sí que había cogido la Palm a su padre: 'una buena periodista no va a ninguna parte sin agenda electrónica', pensaba.

-La tengo en la Palm.

Se dio cuenta de que Pedro alucinaba al ver aquel aparato.

-¿Tienes ahí cuando David traslada el Arca de la Alianza?

Una orden de búsqueda y...

-Aquí está.

-Lee tú. Cuando David es elegido rey de todo Israel, más o menos mil años antes de Cristo, tiene que trasladar el Arca de la Alianza –que simbolizaba la presencia de Dios en medio de su pueblo escogido-; fíjate cómo lo hace: es un servicio en el que no ahorra medios. Reunió a todo lo selecto de su ejército -treinta mil hombres-, y subieron a Baalat a por el Arca. El carro sobre el que la colocaron era nuevo.

Pipa leyó.

-“David y toda la casa de Israel, iban danzando delante del Arca con todas sus fuerzas, cantando al son de cítaras, arpas,

tambores, sistros y címbalos. (...) Cuando los que llevaban el Arca hubieron dado seis pasos, se sacrificó un toro y un carnero. David danzaba ante Yavé con todas sus fuerzas. David llevaba ceñido un efod de lino. Así David y toda la casa de Israel subieron el Arca de Yavé en medio de aclamaciones y de sonar de trompetas”.[10]

Apagó la palm y le preguntó.

-Muy bonito todo, pero...¿qué quieres decirme con esto?

-Pues que en la misa uno debe olvidarse del resultado práctico de todo lo que se va haciendo, y jugar como David delante de Dios, mirarle y ponerse en su presencia, vivir –aun sin entender- la maravilla de sus verdades y de sus palabras, la maravilla de la vida de Jesús, aceptar su perla –el misterio de su vida-... y dejarse ganar por todo eso.

A Pipa le quedó claro que era una institución, en la que un magnífico estuche guardaba la perla de la historia.

...y su consejo de la elegancia y los dos besos

Sin embargo, antes de irse le hizo la petición de rigor: un consejo práctico.

-Que vayas sin prisas, que vayas como un miembro de la gran familia de los discípulos de Jesús, que vayas a entrar en la presencia de Dios, que cuides el estuche, que acojas la perla. Allí, con toda la iglesia, coges la escalera que nos ha tirado Jesús para entrar en la vida de Dios.

-Cuidar el estuche, coger la escalera...¿No podrías ser más concreto, Pedro? –preguntó esta vez con menos tacto, casi a manera de reclamo-

-Que hagas bello el estuche: muévete con elegancia, que tus posturas sean cuidadas, que pronuncies las palabras con atención, en voz alta, con...con chulería te iba a decir -no te quedaría difícil, añadió sonriendo-, con orgullo: ¡van directamente a él!. Soy pescador, y... ya sabes: algo primario y quizá bruto. Pero cuando estoy en la eucaristía... busco ser suave ¡me alucina estar en la

presencia de Dios, actuar y hablar para él, con Cristo y todos los discípulos!

Y se despidieron. Pero Pedro le llamó justo a tiempo, para decirle una última cosa.

-Pipa, ¿te has fijado cómo empieza y cómo termina la misa? Empieza con un beso y termina con un beso. ¿No te parece fantástico el cariño que la iglesia ha puesto en su estuche? ¿Tenemos los hombres otra forma más sencilla y sublime de expresar el cariño? ¡Un beso al altar! ¡El altar representa a Cristo! Empieza y acaba tú cada misa poniendo cariño en esos besos.

Aquella despedida le costó a nuestra princesa. El famoso pescador, que en un principio le había parecido cortante, se la había ganado: ‘este hombre es más bueno que el pan’, pensó ella algo emocionada. Pero la vida seguía adelante. Así, de repente, Pipa se iba a convertir en la mejor anfitriona. Invitó a todos sus amigos a tomar el té con galletas a su buhardilla. Sus misteriosas invitaciones despertaron extrañeza y curiosidad entre ellos, justo lo que hace falta para que no faltase ninguno.

La caja del misterio y el principito

“Érase una vez un Principito que habitaba un planeta apenas más grande que él y que tenía necesidad de un amigo... y yo he sido su amiga el día de hoy, y ya no le olvidaré”. Así comenzó Pipa la crónica de aquel día, pues estaba de acuerdo con el Principito en que esa es la mejor manera de comenzar las historias.

Ella conocía muy bien la historia del Principito. Un aviador extraviado en un desconocido planeta fue quien descubrió a aquel pequeño hombrecito cuando le despertó diciéndole:

-Por favor... ¡dibújame un cordero!

Las excusas del aviador, que no sabía dibujar más que boas, no le sirvieron de nada. Como insistía en pedirle ese dibujo, lo intentó. Sin embargo, el pequeño Principito rechazaba un intento tras otro: un dibujo le parecía un elefante, otro un cordero enfermo, otro un carnero, otro demasiado viejo... Impaciente ya el aviador, optó por dibujar una caja.

-Esta es la caja –le dijo al Principito-. El cordero que quieres está dentro.

Sorprendido el Principito, y con el rostro iluminado, exclamó:

-¡Es exactamente como lo quería!

El cordero que le había pedido la pequeña periodista a san Pedro era la misa. También san Pedro le había dibujado una caja: ‘la misa es una institución’. La institución era la caja, aquello en lo que se contenía la misa. Pipa se encontraba en la misma situación que su querido Principito. Le gustó la idea de trasladarse a su pequeño planeta en busca de su ayuda.

-Tú fuiste capaz de ver dentro de aquella caja el cordero que buscabas –le dijo-. Necesito que me ayudes. He pedido a Pedro que me dijese qué es la misa, y me ha dado una palabra: institución. ¿Podrías ayudarme a ver qué es lo que se encuentra dentro de esa palabra? Me ha dicho que es una caja-estuche que guarda dentro una perla. Yo sólo he visto el estuche. ¿Podrías ayudarme a ver la perla en su interior? Entiendo que la misa se encuentra dentro de la caja ‘institución’, pero ¿qué es lo que contiene?

El Principito era tan majo como Pipa se lo había imaginado. Con su clarividencia para lo oculto, con el rostro de nuevo iluminado, le dijo con decisión:

-El misterio. Sí: ¡¡¡el misterio!!!

-Lo siento –dijo confiada-. Mira, aunque ejerzo de periodista, no he ido todavía a la universidad, ¿sabes?, y... me cuesta seguir las cosas complicadas. ¿Un misterio...??? ¿Qué misterio?

-Ya verás qué fácil. ¿Qué misterio va a ser? El único misterio que hay en este mundo: que Dios ama al hombre. ¡Qué suerte tenéis!

Me gustaría ser hombre solo para poder ser amado por Dios como vosotros los humanos sois amados por Él. ¡Ese amor es tan grande!... no tiene fin, resulta inimaginable para los hombres. De hecho, a los humanos os cuesta un montón hacerlos la más pequeña idea acerca de él. También es lógico: él y todo lo que hace es misterioso para vosotros. Os cuesta ver que todo lo que hay y ocurre en el mundo es consecuencia de ese amor activo de Dios. ¡Es tan grande que resulta misterioso para el hombre!

-Y... ¿qué pasa? ¿...que dentro de la caja que es la misa está ese amor?

-Espera. Espera un poco y verás. Para algunos, que Dios ame al hombre no es más que una frase sin contenido, algo abstracto, como una idea que no sirve para nada. Sin embargo, el amor de Dios actúa. Pipa: Dios está vivo, y actúa, y lo que hace es amar. ¡Es increíble! No solo ama, sino que el es Amor. ¡Imagínate cómo debe amar!

Y añadió encogiendo sus hombros y echando la cabeza hacia delante, como cuchicheando secretamente a Pipa:

-El amor activo del Dios vivo es lo que se encuentra en esa caja.

-Claro –interrumpió Pipa-. En mi planeta tierra decimos que ‘obras son amores, y no buenas razones’. O sea, que si Dios ama... seguro que actúa... Pero sigo hecha un lío. -dijo Pipa con una extraña mezcla de envidia y admiración por el Principito, porque a pesar de su corta edad, entendía muchas cosas de adultos. Pero no se dejó abatir.

El Principito se dio cuenta de que debía de empezar por el principio.

-Vayamos por partes. ¿Sabes lo que son círculos concéntricos?

-Sí: como cuando echo una piedra al agua, ¿no? Los círculos que se abren teniendo el mismo centro -respondió Pipa agradeciendo la oportunidad de demostrar que ella también era muy lista.-

El Principito asintió, y lo hizo con la satisfacción de quien tiene ya todo a punto para empezar su trabajo.

-El misterio se abre en círculos concéntricos. El centro de esos círculos lo ocupa el único verdadero misterio: Dios mismo, su intimidad, su persona, su vida... ¡Dios! –exclamó para sí mismo, con los labios arqueados de admiración, meciendo la cabeza de atrás adelante-. Es tan absolutamente superior a todo lo demás, es tan distinto[11]... nadie ha podido verle, ni tocarle, ni... Dios es el Inaccesible.

-O sea, que el misterio es la vida de Dios: estoy de acuerdo en que eso es un misterio. Al menos... para mí lo es sin ninguna duda. ¿Y cuál es el segundo círculo? –dijo Pipa con una frialdad que no le gustó nada al Principito-.

-Así no vas bien, amiguita –le dijo el Principito; se lo dijo sin enfadarse, porque el Principito nunca se enfadaba; pero sí con pena, triste... porque le hacía sufrir que una niña desvirtuase su corazón con rigideces y palabras vacías-.

Después de un pequeño silencio lleno de tensión para la periodista, y para el Principito lleno de esfuerzo por encontrar el modo de curar a su amiga, continuó.

-¿No te das cuenta de que la realidad más grande, extensa, profunda, ilimitada, inabarcable, inmensa, inconcebible, inimaginable, larga como el tiempo de un reloj roto que nunca pasa, al que no es capaz de medir todo el espacio... no te das cuenta de que toda esa misteriosa realidad la has reducido a una frase aprendida de memoria: ‘el misterio es la vida de Dios’? Así nunca entrarás en el misterio. ¿No te das cuenta de que quieres resolverlo como si fuese un problema de matemáticas? El misterio no son matemáticas. No.

-¿Y qué hago entonces? –le preguntó, algo preocupada-.

-Ponte delante del misterio y... ¡admírate! Reconoce que es superior, que te resulta impenetrable. Respétalo. Ponte en su presencia. Y poco a poco, deja que te envuelva... te introducirás en él.

-Gracias, Principito. He sido tonta. -y reconocía para sus adentros aquella predisposición que en ocasiones le llevaba a imitar a las personas mayores que pretenden racionalizarlo todo. ‘Soy una periodista -pensó- y debo confrontar las fuentes de información para poder llegar a la verdad’. Sin embargo ahora aprendía que hay verdades a las que no se llega por la razón, sino por la admiración y por la contemplación-.

El Principito la consoló. Consolaba muy bien el Principito. Y se dio cuenta de que ya podía pasar a hablarle del segundo círculo.

-Ese Dios misterioso existe fuera del tiempo. El misterio del primer círculo se encuentra fuera del tiempo. Pero Dios decidió crear el mundo, el espacio y el tiempo. Y decidió darse a conocer, revelarse. ¿Cómo? Actuando. Todo el Antiguo Testamento son relatos en los que se pone de manifiesto que Dios interviene en la historia de los hombres. Las acciones de Dios le revelan: no permanece Dios lejano o ajeno a la vida de los hombres, sino que actúa en favor del hombre, hace pactos y alianzas con él, le favorece o le castiga, le habla y le escucha... Dios es misterioso, pero no vive solitario en su trascendencia, sino que penetra en nuestro mundo.

-O sea, que Dios no vive solamente en el cielo, entre los ángeles y recostado sobre nubes blancas, sino que está aquí en el mundo con nosotros, y tiene que ver con nosotros. Pero... entonces, ¿desapareció el misterio? No creo, porque aquí seguimos sin conocerle demasiado bien.

-Se da a conocer, pero de nuevo misteriosamente. El primer círculo del misterio abre un segundo círculo, que también es misterioso. Se da a conocer, pero limitadamente: solo a algunos, a los humildes y sencillos de corazón, nunca a los orgullosos y soberbios.

-¿Es éste el segundo círculo concéntrico?

-Sí: el segundo círculo es el misterio de Dios que se da a conocer misteriosamente a través de su obrar. Pero fíjate bien en esto: Dios actúa y actúa, años y años, una y otra vez... hasta que se da a conocer más perfectamente: se hace hombre. Dios actúa personalmente en Jesús de Nazaret. Es el culmen de la acción de Dios[12].

-Quizá te parezca una tontería de pregunta, pero ¿cómo da a conocer Jesús el misterio de Dios?

-Él mismo es el misterio de Dios. Jesús dice que la intimidad de Dios es amor, que la vida íntima de Dios es amar. El Hijo se hace hombre y muestra desde la cruz al hombre el amor que el Padre le tiene[13]. Te decía que el único misterio es la vida de Dios porque no la conocíamos; pero ahora que ha venido Jesús dándolo a conocer, sabemos que la vida de Dios es amar. Insisto: la acción más importante que hace Dios amando al mundo es venir al mundo hecho hombre. Por eso, los cristianos podéis expresar ese misterio con una sola palabra: Jesucristo.

-O sea, que el misterio se puede resumir en Jesús, que es Dios hecho hombre, para poder obrar aquí en la tierra, al nivel de los hombres.

-Sí. Porque Jesús es quien ha hecho accesible a los humanos ese misterio, quien lo ha dado a conocer. En él se concentra todo ese misterio. Y el centro de todo el misterio lo ocupa un acontecimiento: su muerte y resurrección.

-Tolkien le llama a ese acontecimiento el Evento, el Acontecimiento, con mayúscula.

-Es lógico. Es que es el hecho central de la historia. Cuando él libremente muere, da a conocer hasta qué punto ama Dios al hombre. Y además, comparte su vida, su amor, dándose a los hombres como alimento. El hombre accede al misterio por Cristo.

-Falta entonces el tercer círculo. Pero dime si por ahora he entendido bien: el misterio central es la vida íntima de Dios. Pero Dios se da a conocer actuando, sobre todo en Jesús; entonces conocemos ya el misterio, pero todavía dentro del misterio, pues solo se desvela a algunos, a aquellos que son capaces de reconocer en Jesús quién es. O sea: en el primer círculo se encuentra el misterio de Dios, en el segundo el misterio de Jesucristo. ¿En el tercero?

-Correcto. Y el tercer círculo es este. La presencia y la acción de Jesús en el mundo la quiere continuar después de Ascender a los cielos. ¿Cómo sigue actuando Jesús en la historia?, ¿cómo sigue

actuando ahora? En la Iglesia. Jesús prolonga su actividad en el mundo con las acciones sagradas de la Iglesia. Por lo tanto, en el tercer círculo encontramos el misterio del culto cristiano.

-¡Caramba! –exclamó Pipa, que había aprendido a admirarse y no pudo contener la exclamación-.

-Estas acciones son misterio, pues ahí obra el espíritu vivo de Dios, como actuaba en la persona humana de Jesús de Nazaret. De las acciones sagradas de la Iglesia surge el amor vivo de Dios, ahí continúa la entrega de Jesús por nosotros, continúa fluyendo su sangre que cura y santifica a los hombres.

-¿Y qué acciones sagradas son esas?

-Todos los sacramentos, fundamentalmente. Pero ante todo, la misa: la institución de la misa.

-Ajá, o sea: que cada vez que se abre la caja de la institución...

-Ojo: la caja no 'se' abre: la abre la fe de la iglesia, la fe de cada uno, la fe del que quiere acoger el misterio –es decir, del que quiere acoger el amor de Dios, la vida del Hijo-. En la caja se ofrece a cada hombre la posibilidad de entrar, acceder, incluirse, participar en ese misterio. Dicho de otro modo: la caja es el mejor sitio para que se encuentren el Dios vivo y el hombre de fe. Aunque el hombre no sienta cerca a Dios, sabe que metiéndose en esa caja creada por Jesús, está participando –enriqueciéndose- del misterio.

Todo eso le recordaba a Pipa los tres dibujos que hizo con san Pedro: la puerta, la escalera colgante y la caja-estuche.

Pipa estaba maravillada, pues jamás habría pensado que podían estar tan cerca Dios y cualquier persona del siglo XXI. Pero a la vez, desde que había tomado la Primera Comuni3n, había asistido a la misa con sus padres los domingos, y no tenía ninguna experiencia tan especial. Por eso, le preguntó sin titubeos.

-Principito, no es que te hayas explicado mal... quizá es que tienes una capacidad de ver lo misterioso de la que yo carezco todavía. Pero la verdad... la verdad es que me gustaría ser capaz de ver el misterio en la misa.

-Ja, ja, ja. Siempre igual. Tú lo que quieres es que no haya misterio, deshacerlo, verlo. Pareces una persona mayor: si no lo ves, no estás contenta. Así nunca podrás vivir las cosas realmente importantes. Te quedas en la pantalla.

-¡Qué horror, Principito! Tienes razón: otra vez he caído en la miopía de las personas mayores. ¡Rectifico! Te prometo que rectifico. Pero... no sé cómo rectificar.

-Mientras nos encontramos en el tercer círculo, las acciones sagradas contienen la vida de Dios, el amor vivo de Dios, el poder de Jesús, pero todas esas realidades ocurren mediante ritos, cultos, símbolos, signos, palabras... En este mundo, las realidades de Dios se muestran ocultamente: siempre bajo signos sagrados.

-Buff –exclamó.

-No es tan complicado. Cuando te he dicho que lo que contiene la caja es el misterio, debería haberte dicho: contiene el misterio sacramentalmente. Pero no te lo he dicho para no asustarte con dos palabras raras seguidas. Pero ahora ya te lo digo: las acciones sagradas contienen el misterio sacramentalmente.

-¿Y qué es ‘sacramentalmente’?

-Pues que para que el hombre lo pueda ver, hacer, tocar... como no lo puede ver, ni hacer, ni tocar directamente, lo ve, lo hace y lo toca a través de signos[14].

-Ah! ¿Sí?

-Sí. Pero no olvides que el tercer círculo es también misterio. Y es misterio, sobre todo, porque el signo no es distinto que la realidad de la que habla. Por ejemplo: no es distinto Jesús que el pan consagrado.

-¡Esto es una maravilla! –exclamó de nuevo la pequeña periodista-. De todas formas, si no te importa, mañana vengo y te pregunto otra cosa.

-Mejor dentro de unos días, pues debo visitar otro planeta.

-Muy bien, dentro de unos días. Y apuntó en su cuaderno:

Jesús dio a conocer el misterio con parábolas. Jesús hace vivir el misterio con símbolos.

...y su consejo de alegrarse ante ‘Este es el misterio de nuestra fe’

Cuando se iba, recordó que le tenía que pedir un consejo práctico, como siempre hacía.

-Tengo clarísimo el consejo, amiguita. Que no quieras deshacer el misterio con la razón. No lo lograrás. No asistas al misterio con corazón duro, como exigiendo que Dios te lo demuestre[15]. Estate con corazón bien dispuesto: admite tu incapacidad de levantarte hasta el misterio, acoge esa realidad de Dios que te invita a introducirte en su presencia, a participar de su vida; presiente la verdad de todo aquello, aunque la razón no lo penetre[16].

-Perdona, Principito, pero ¿no podrías ser más concreto?

-No me gusta tu concreción: no te vayas a hacer como las personas mayores. Pero esta vez tienes razón. Quizá te sirva esto. Cuando al terminar la consagración, el sacerdote dice: ‘Este es el sacramento de nuestra fe, este es el misterio que creemos’, recuerda que te encuentras delante de la verdad más verdadera, delante del amor que te salva, delante de la acción de Dios que ahora se manifiesta mediante signos. Alégrate y no dejes de asombrarte.

-Alegrarme y no dejar de asombrarme...-se fue diciendo para sí Pipa, y recordaba que de sus investigaciones anteriores había sacado una conclusión contundente, y es que los mayores han perdido la capacidad de asombro. Para ellos lo cotidiano, lo diario, ha perdido el valor porque se han acostumbrado a ello. Estaba contenta porque entendía lo que hay que entender... y a la luz de una lámpara se puso a contemplar el dibujo que había hecho. Lo miraba, y a pesar de haberlo mirado antes varias veces, descubría en la combinación de trazos y en la disposición de las formas, cosas que antes no había notado, sensaciones que antes el mismo dibujo no le había transmitido. ‘Alegrarme y no dejar de asombrarme’ -repetía como si fuera su antídoto para el sueño que ahora la visitaba, un

sueño delicioso que se mezclaba con los colores del dibujo y la voz del Principito-. 'Ale...gramme y no de..jar de asom...brar...

Asterix: de los sacrificios al Sacrificio

El día siguiente quiso aprovecharlo desde primera hora, pues no quería tener que precipitar con prisas el final de una entrevista. Pipa estaba crecida por la experiencia. ¿A quién podía preguntar hoy? Quería alguien con quien pudiese estar relajada.

En cuanto vio en la estantería su colección completa de Astérix, no lo dudó: “¡Cómo me gustaría preguntarle a él! ¡Allá voy!”. Y allá fue: ‘Astérix y la sorpresa del César’. Se encontraba en el campamento de Babaorum:

-Oye, Astérix, soy una fan de tus aventuras. Vengo buscando tu ayuda: estoy haciendo periodismo de investigación, y quiero saber qué es la misa.

No había caído Pipa en que era el año 50 antes de Jesucristo, y que no tendría ni idea. Pero el bueno del viejo galo siempre estaba dispuesto a ayudar:

-¡Pardiez! Lo de ‘misa’ me suena bastante: todos los domingos, muchos niños me dejan tirado en la cama cuando se oye el grito de ‘Vamos a misa!!!’. Pero no sé más. De todas formas, no te preocupes: si me fui hasta India cuando lo necesitaban, llevando a Asuranceturix para que cantase allí y lloviese, ahora haremos por ti lo que haga falta.

Pipa le explicó muy por encima lo que pretendía. Astérix no se asustó: un gran viajero como él, había visto muchas formas de tratar con los dioses. Lo mejor sería organizar una mesa redonda, y que cada uno explicase cómo se comunicaba su pueblo con los dioses. Obelix fue el encargado de reunir allí a un romano, un hebreo y un griego.

Entre tanto hombre adulto, la pequeña se encontraba algo incómoda. No era que se sintiera asustada -era una periodista y entre

sus planes para el futuro estaba cubrir una o dos guerras-; el temor no estaba entre sus presupuestos, pero sí pensó que le gustaría compartir sus descubrimientos con alguien más cercana a ella, por lo menos en términos de edad. Pidió a Obelix poder llevar una invitada. No tenían inconveniente. Eligió a Cecilia, una joven romana –de las primeras cristianas-, rica y guapa. En la gran casa de su familia, a las afueras de Roma, excavaron catacumbas, en las que los cristianos celebraban sus primeras reuniones. Y empezó la sesión.

-Esta joven –abrió Astérix- necesita que le digamos algo acerca del modo cómo se relacionan vuestros pueblos con los dioses: si tenéis alguna institución para tratar a los dioses. Pipa moderará la mesa redonda, pero me ha pedido que procuréis expresaros con algo gráfico: una fórmula o algo sencillo. Debéis ir a lo esencial. Igual que el aceite de roca o *petra oleum* es un ingrediente fundamental para la pócima de Panoramix, debéis decir qué es lo fundamental en vuestro culto a los dioses.

Pipa agradeció a todos su asistencia, e invitó a Romanus a que tomase la palabra.

Romanus y las víctimas enviadas

-No sé si podré aportar mucho, pero la palabra *misa* -con dos eses, ‘*missa*’, es romana –latín, que llaman ahora-. ¿Sabéis lo que significa? A lo mejor da alguna pista.

A Pipa le interesó aquello; nunca se había preguntado por el significado literal de la palabra *misa*, y se culpó por ello.

-*Missa* significa ‘enviada’. Los sacerdotes, cuando ofrecen un sacrificio, cogen el animal que matan en honor de los dioses sobre el altar, y al final se dirigen a los asistentes al sacrificio y les dicen: *Ite, missa est*, que significa: *Idos*, ha sido enviada.

-¿Qué es lo que ha sido enviada? Porque falta el sujeto –observó con un poco de vanidad-

-La víctima. Lo que viene a decir es: Podéis marcharos ya, porque la víctima ya ha sido enviada a los dioses.

Y explicó que en Roma tenían muchas divinidades, y que se dedicaban bastante a ellos: ‘somos un pueblo muy devoto’.

-Conoceréis el Panteón de Roma –agregó-. El Panteón romano es un templo que está como poblado por un enjambre de pequeños dioses. A cada uno se le invoca en momentos muy determinados y concretos. Os voy a poner un ejemplo. Yo me dedico a labores del campo. Cuando llega la mies, rezo a varios dioses: Spiniensis –que libra de las espinas y de los cardos-, Runcina –contra las malas hierbas-, Messia –que vela sobre la siega-, Tutilina –que protege la mies después de la siega-, Terensis –la diosa de la trilla-, etc. Los dioses romanos se definen siempre en conformidad con su oficio, y nosotros los veneramos estrictamente para la función que tienen.

-¿Y podéis conocer a todos? –preguntó Astérix-. Nosotros los galos tenemos más de cuatrocientos dioses, y no hay quien pueda tener en cuenta a todos. Por ejemplo, la diosa Sequana –diosa del Sena- lleva el número 75, como la placa de matrícula de cualquier vehículo de la región de Lutecia.

-Eso es importante. No conocemos a todos –contestó Romanus-. Como es imposible que podamos atraer sobre nosotros la atención y llevarnos bien con todos los dioses, los creyentes tememos a esas fuerzas misteriosas de los dioses. La verdad es que más que amarles –es muy difícil-, nosotros les tememos: tenemos miedo a que, por no tratarles bien, ellos dejen de protegernos.

-¿Y cómo les tratáis? –preguntó Pipa, tomándose muy en serio su papel de moderadora de la mesa-.

-Tenemos un ceremonial, detalladamente fijado, que seguimos al pie de la letra: uso de objetos, oraciones estipuladas, vestimentas de los que actúan en el rito... Se parece mucho a las funciones jurídicas: en los juicios de nuestro derecho romano, todo es parecido.

-O sea, ¿...que es como un juicio? Debe ser aún más aburrido –dejó caer la frase como si con ella quisiera recalcar la tendencia que, según Pipa, tenían los mayores a hacer de las cosas divertidas y sencillas las más aburridas y complicadas-.

-No. En los ritos religiosos, lo que nos preocupa es ser justos con los dioses: hacerles lo que es debido, lo que ellos pueden esperar, o lo que sabemos que puede resultarles agradable y de su gusto. Pensamos que el ceremonial posee cierto carácter mágico que obliga a la divinidad a la que se dirige a corresponder con su poder a favor nuestro, concediéndonos aquello que pedimos. Es la forma de predisponer a los dioses a que nos concedan su protección y sus ventajas. Necesitamos que el poder de los dioses esté de nuestro lado.

Grecus estaba extrañado de que no había aparecido la palabra ‘mito’, y le preguntó si es que no había mitos en la religión del Imperio de Roma.

-No tenemos mitos. Nuestra religión es muy funcional. Nos dirigimos al dios que sea con oración y con sacrificios, con una intención que le pedimos: el fiel expone con claridad a los dioses lo que solicita, y lo que él se compromete a hacer cuando obtenga lo que desea. Por lo tanto, no tenemos ningún misterio que recordar o celebrar. En nuestra religión, todo es mucho más sencillo: lo esencial es que dependemos de los dioses, y para tenerlos a favor les ofrecemos dones, que los enviamos a los dioses aniquilándolos: nos privamos de ellos, enviándoselos.

-Es suficiente. Muchas gracias –le cortó Pipa, mientras apuntaba en su cuaderno: ‘Culto romano: institución en la que se envía una víctima a los dioses’.

Hebraicus y la institución para recordar

Le tocó el turno al hebreo. Hizo un alarde de espíritu práctico, y comenzó dando la fórmula ‘Culto judío igual a recuerdo’. Y lo explicó:

-El culto judío a Dios consiste en una institución, en la que se rezan unas oraciones y se ofrecen unos sacrificios, pero su función principal es la de recordar.

-¿Y qué recordáis? –preguntó Pipa.

-Un hecho es el principal entre todos: el que celebramos en la fiesta de la Pascua.

Empezó a contar la historia del pueblo judío, y Pipa se dio cuenta de que los judíos tienen una historia tan antigua y larga, contada en la Biblia... que no le extrañaba que fuese un libro tan gordo, y pensó en lo práctico que sería si lo sacaran en tomos y con letra más grande. Dios se dio a conocer al pueblo judío con acontecimientos históricos, patentes a su pueblo. Hizo una Alianza con él: 'Yo seré tu Dios, y tú serás mi pueblo: tú solo me tendrás a mí por Dios, y yo cuidaré de ti'. De todas las acciones de Dios en favor de su pueblo escogido, la más grande era este hecho: en un momento en el que los judíos estaban sometidos al país de Egipto, Dios los liberó. Los judíos pudieron vivir como pueblo libre en Israel –la tierra que Dios les había prometido– gracias a que Yahvé le liberó, pasando de forma milagrosa el mar Rojo. Este hecho histórico lo recordaban todos los años en la fiesta de la Pascua. Gracias a este hecho, era un pueblo libre y la tierra de Israel les pertenecía.

-Todos los años repetimos exactamente el ritual que fue mandado entonces por Dios. La celebramos el viernes anterior al sábado de Pascua. Después del mediodía inmolamos un cordero. Puesto el sol y el cielo ya estrellado, comienza el banquete. Antes lo comíamos de pie, pero poco a poco se fue alargando –cada vez le dábamos más carácter festivo, junto al de recuerdo–, y pasamos a comerlo recostados en torno a la mesa. El cabeza de familia pronuncia la bendición sobre cuatro rondas de vino. Después de preparar y bendecir la primera copa, la pasa de mano en mano a todos los miembros de la familia.

Después de la primera copa, los aperitivos. Después de la segunda, el padre de familia parte pan ázimo, y da un trozo a cada uno de los comensales; lo mismo hace con verduras amargas, que pasa después de mojarlas en un plato. Luego, recitamos la primera parte del Hallel –un salmo, himno de alabanza– y comemos el cordero. Terminada la comida, se bendice y se pasa la tercera ronda de vino. Después la cuarta copa de vino, y la segunda parte del salmo de alabanza, con lo que termina la ceremonia.

-Pero, ¿solo tratáis a Dios en la fiesta de la Pascua? –preguntó Pipa, que quería una visión más global–.

-No. Os he hablado de éste porque en él recordamos la Antigua Alianza que Dios hizo con nosotros cuando nos liberó de Egipto. Mientras lo hagamos, renovamos esa Alianza, sabemos que podremos vivir en la tierra que Dios nos prometió[17]. Esa es la fiesta principal.

Y añadió

-Pero a diario le ofrecemos sacrificios en el Templo. Distinguimos entre ofrendas y sacrificios. Las ofrendas son cosas como pan o harina que preparamos de formas diversas, acompañadas de aceite, sal, vino u otro fruto de la tierra. Con las ofrendas reconocemos que todo lo que tenemos es un don de Dios, y por eso le dedicamos a él una parte, normalmente lo mejor. Es un acto de reconocimiento que nos ayuda a tener presente siempre que debemos agradecerle todo.

-¿Y los sacrificios? –al decir esto Pipa no podía evitar pensar en el pobre cordero, y se acordó del Principito y de su corderito guardado dentro de la caja

-En los sacrificios ofrecemos una víctima animal. Fundamentalmente distinguimos dos tipos de sacrificios: el holocausto y el sacrificio de comunión[18]. En el holocausto se quema la víctima entera. Al quemarla, sube a lo alto en forma de humo o aroma; la ceniza la echamos en un vertedero especial.

-¿Y los sacrificios de comunión?

-Una parte del animal –la grasa y otras partes- se quema para dedicarla exclusivamente al Señor; la sangre se derrama en torno al altar; la carne se asa y se reparte entre los participantes del banquete sagrado[19].

-¿Y por qué comen todos de él?

-Depende de la finalidad del sacrificio del que se trate, pero siempre para unirse. Si es un sacrificio de alianza, con la sangre de la víctima se rocía el altar y al pueblo, y la carne se come en el banquete. De esta forma, se sella la alianza con el sacrificio[20]. Si es un sacrificio para expiación de los pecados, los que comen saldan la deuda de sus pecados –el día de la Expiación este es el sacrificio

que hacemos-[21]. Si es un sacrificio de acción de gracias, ratifican unidos el agradecimiento y alabanza[22].

Ya se veía que el pueblo hebreo tenía una rica y enorme variedad de sacrificios. Pipa le pidió que concluyese: estaba un poco aturdida de tanto pensar en animales sacrificados, y carne y sangre. Hebraicus se puso rojo, pensando que quizá se había pasado en su exposición. Y terminó.

-Romanus decía antes que no hay misterio en su culto. En el nuestro tampoco: simplemente recordamos lo que Dios hizo por nosotros y se lo agradecemos, reconocemos que existimos como nación gracias a él y que todo lo que tenemos es don, le manifestamos que somos suyos y se lo expresamos mediante algunas oraciones y sacrificios que ofrecen nuestros sacerdotes en el Templo.

Grecus y los mitos que divinizan

La cosa iba bien, y la moderadora no tuvo más que dar el turno a Grecus, que contaría el culto de Grecia:

-La verdad es que nuestro culto quizá sea menos rico, pero es algo más complicado, porque sí que hay algo de misterio. La fórmula que había preparado es la siguiente: Culto igual a mito, más rito, más salvación.

Resumiendo, contó lo siguiente: había muchas formas de realizar el culto, pero en la época más avanzada –con Alejandro Magno, año trescientos y pico antes de Cristo- se trataba de hacer posible una aspiración: conseguir una unión más íntima con los dioses. Los griegos habían creado unos mitos.

En ese momento Pipa le interrumpió:

-Antes de proseguir, ¿podría usted especificar qué son los mitos? -a veces le gustaba esa forma de hablar, pues le hacían gracia los excesos de cortesía que veía en las películas de abogados, especialmente en los juicios; hablar así la hacía sentirse un poco mayor, y... no es que quisiera ser como los mayores, pero no podía esperar a crecer para ser una periodista destacada.

-Un mito no es una historia –como lo es la historia de los judíos, en la que hay intervenciones reales de Dios en un momento determinado en un sitio determinado-, sino más bien lo que –sin faltar- podrías entender como ‘historietas’. Son alegorías, cosas que no han ocurrido, pero que de alguna manera expresan alguna verdad acerca del mundo, o simbolizan fuerzas reales como el amor, el odio, la envidia... ¿Me explico?

Continuó explicando que los mitos son invenciones: suelen crear pasajes de la vida de los dioses, que de alguna manera se meten en el mundo de los hombres y participan de sus alegrías y sufrimientos. Puso un ejemplo.

-He tenido mala a mi mujer. He invocado al dios Asclepio, hijo de Apolo y que, según el mito, había sido iniciado en los secretos de la medicina por el centauro Quirón. Su centro de culto más importante es Epidauro: allí acuden en peregrinación todos los griegos que quieren que se les apliquen los poderes curativos del dios. Eso son los mitos. Pero aparte de los mitos, están los ritos, que son muy importantes.

En ese momento volvió a interrumpirle Pipa: -¿Y qué son los ritos?

-Los ritos son las ceremonias, unas palabras y unos símbolos –gestos, por ejemplo- que se hacen dirigidos a los dioses. El rito es lo que se hace para celebrar el mito. Los ritos son importantes porque permiten a los hombres que los hacen participar en las acciones y sufrimientos de las divinidades de los mitos: mediante los ritos participan de la vida del dios al que se dirigen.

-O sea –interrumpió Astérix, que estaba desconcertado y a punto de perderse-: el mito cuenta una acción sagrada de los dioses, y yo puedo hacerme compañero de los dioses, y participar o entrar en relación con ellos y su historia, mediante el rito. Celebrando un rito se participa misteriosamente de la vida de los dioses.

-Efectivamente. Con el rito se tiende un puente entre la divinidad y el hombre que participa en el rito. Así, el rito actualiza las acciones sagradas de los dioses, las acciones que cuentan los mitos.

-No entiendo –dijo Pipa-. Porque resulta que los mitos no cuentan historias verdaderas, sino inventadas, ¿y pensáis que los ritos os hacen participar de esas historias inventadas? ¿Para qué querría uno participar de una historia que no es cierta, que es tan sólo invención?

-Bueno, así es. Es una religión imperfecta, pero muestra la búsqueda de Dios que tenemos. Ese es el motivo por el que los últimos años del helenismo la gente culta se ha vuelto muy crítica de nuestra religión. Dicen ya –por ejemplo Polibio- lo que he oído que el marxismo dice veintitantos siglos más tarde: que la religión la mantienen los poderosos porque es necesaria como disciplina del pueblo. Evemero, otro intelectual, dice que nuestros dioses no son dioses, sino hombres que vivieron hace mucho y que nosotros hemos divinizado. Como comprenderéis, esto es una crisis que ha hecho que la religión sea sustituida por la filosofía –sobre todo por Estoico y Epicuro-. Pero eso, Pipa, solo ocurre entre los intelectuales. La mayor parte de los griegos seguimos con nuestras funciones religiosas.

-Qué cantidad de nombres, y qué raros. Alguno de los que has nombrado me suena mucho... ese tal Marx, que era un cómico o algo así, me parece. Pero entonces ... ¿para qué siguen con sus funciones religiosas? –preguntó Pipa.

-Pues está muy claro. He dicho antes que la gran aspiración de los griegos es unir nuestra vida a la de los dioses, participar de la vida de las divinidades. Esa unión da la seguridad de no estar sometido al destino común de los mortales, aparta a quien lo hace de la masa de los hombres, le convierte en santo, en consagrado. Así, los mystas –así llamamos a los sacerdotes- forman una comunidad santa que tienen asegurada una vida con los dioses, una vida que existe más allá de la muerte: de este modo se hacen inmortales, se salvan de la muerte.

Todos se habían hecho un pequeño lío. Se dio cuenta, y añadió:

-Mitos, ritos, salvación. Es el triángulo de nuestro culto a los dioses: el culto es el medio de traer el mito hasta nosotros, el modo

de participar de la vida de los dioses y así convertirlo en fuente de salvación para los que participamos en el rito. Dicho de otro modo: la salvación se alcanza incorporándose a la vida divina narrada en los mitos mediante los ritos. Es la fórmula que os he dado al principio.

‘¡Caramba que si había misterio!’ –pensó Pipa para sus adentros-. ‘¡Todo un misterio! No me explico cómo logran entenderse con tantas palabras raras, y con tantas formas distintas de acercarse a los dioses’. Pero le gustó este último resumen, y lo copió en su cuaderno:

‘La salvación se alcanza incorporándose a la vida divina narrada en los mitos mediante la práctica de unos ritos. Este es el triángulo: mito, rito, salvación’.

Vio que era el momento de que interviniese Cecilia.

Cecilia y el Sacrificio histórico y actual

-¿Tú qué dices, Cecilia?

-He disfrutado escuchando a mis contertulios –dijo sonriendo-. No sabía todas esas cosas. Me doy cuenta de que toda esa cultura religiosa es la que nos ha preparado históricamente para que podamos entender lo que es la misa.

Miró a Romanus, y le dijo.

-Le llamamos misa por vosotros, efectivamente. Enviamos la Víctima sacrificada, que es Jesús, a Dios Padre.

Miró a Hebraicus, y le dijo.

-Jesús toma el molde de vuestra institución de la fiesta pascual, y la transforma en una nueva institución. En la cena pascual, aquel jueves antes de morir, Jesús puso fin a la memoria que celebrabais hasta entonces –el recuerdo del momento en que Yahvé os liberó del poder de los egipcios-, y estableció otra nueva memoria –el recuerdo del momento en que Jesús nos liberó del poder del pecado y de la muerte[23]-. Cuando durante la cena pascual tomó la tercera copa, dijo que aquel vino era su sangre; y el pan ácimo que repartió dijo que era su cuerpo. La Antigua Alianza se renovaba con la sangre de la víctima –del cordero que se comía-; ahora Jesús

establece una Nueva Alianza, también con sangre, pero ahora es su sangre.

-La Antigua Alianza nuestra –interrumpió Hebraicus- es el pacto por el que Dios se comprometía a protegernos como a su pueblo elegido, y nosotros a tenerle como único Dios cumpliendo su Ley. Pero, ¿cuál es la Nueva Alianza de la que hablas?

-Nosotros acogemos la vida nueva de Jesús, dejando la vida de la carne y del pecado, y él nos da su Espíritu, nos hace hijos de Dios, y nos resucitará como él ha resucitado[24].

-¿Y solo tenéis un sacrificio? –preguntó de nuevo Hebraicus, cada vez con más curiosidad -.

-Entiendo que vuestros sacrificios preparaban el sacrificio cristiano de la misa. Nosotros solo tenemos un Sacrificio, en lugar de tantos que tenéis vosotros. Pero en el nuestro, en la misa, están presentes todos los vuestros. Hay ofrenda y hay sacrificio. La ofrenda la hacemos en la Presentación de los dones. El sacrificio de holocausto lo hizo Jesús, entregándose completamente, y tiene lugar en la consagración.

Hizo un esfuerzo por llamar la atención de todos y explicarse mejor.

-Pero fíjate: el Sacrificio de Jesús es holocausto y al mismo tiempo sacrificio de comunión, banquete sagrado. Lo que se come y bebe en este banquete es su cuerpo y sangre. Hablabas de sacrificios de alianza, de reparación por los pecados y de acción de gracias. La misa es un sacrificio de alianza –‘este es el cáliz de mi sangre, sangre de la nueva Alianza’-, de reparación por los pecados –‘que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados’-, y de acción de gracias –‘demostramos gracias al Señor nuestro Dios; es justo y necesario’-.

Cecilia estaba emocionada. Miró a Grecus, y dijo.

-Ahora queda lo más misterioso. La verdad es que Grecus me lo ha puesto fácil. Decías que vuestro culto era igual a mito, más rito, más salvación. Nuestro culto cristiano, la misa, es como el vuestro, solo que en vez de un mito –una historia inventada-, la historia

nuestra es real: es historia. Si en vez de un mito, ponemos la historia de los judíos y la historia de Jesús –que es la continuación-, la fórmula es: culto cristiano igual a historia, más ritos, más salvación.

Tuvo que interrumpir por las risas que todos soltaron cuando sonó una especie de trueno: eran los ronquidos de Obelix. Después de bromear, continuó.

-Apolo, Asclepio, Zeus... no existieron, eran simplemente personajes de una ficción mítica; pero Jesús no es un mito, ni una ficción, ni un símbolo, sino una persona histórica. Por eso podemos sustituir mito por historia. La Misa es eso: la persona de Jesús de Nazaret -su vida y muerte y resurrección-, que se hace presente mediante un rito –la institución de la Última Cena-, y que alcanza la salvación a quien participa –comulgando el cuerpo y sangre de Jesús-. Eso está instituido de una forma fija, que es la misa.

Pipa no supo qué apuntar en el cuaderno, pero más o menos se iba haciendo una idea. Le cayó muy bien Cecilia, y se propuso leer su vida: le pareció tan guapa, que le extrañó que unos soldados romanos pudiesen matarla desangrándola, tan joven como era; y solo por el hecho de ser cristiana. Todos quedaron tan agotados de la mesa redonda, que intervino oportunamente el viejo Astérix:

-Obelix, nos hemos ganado una comida de las tuyas.

-¿Podremos probar la poción mágica de Panoramix? –preguntó Pipa-

-Bueno, no sé. Obelix se encargará de todo –le contestó-. Te pido excusas por sus ronquidos, pero... aunque me dice siempre que no es tan solo un guerrero guapo y fuerte, pelirrojo, con trenzas, sino que también hay algo dentro de su cabezita... no está preparado para estas mesas redondas. Pero ya verás... en comer jabalís no hay quien le gane.

Y allí fueron todos. En la comida, Cecilia repartió a cada uno una foto con la pintura que hicieron los primeros cristianos en sus catacumbas representando la misa. Las espaldas de la foto cargaban estas palabras:

‘Esta es la primera representación de la eucaristía. Un sacerdote ora a Dios con los brazos extendidos, y sacrifica sobre un pequeño altar la víctima que es Jesús. La misa es eso: el banquete sagrado de los cristianos en el que oramos y celebramos el sacrificio de comunión. Se encuentra en las catacumbas de mi casa, pintado en una pared, junto a los nichos en los que descansan los cuerpos de muchos de los primeros cristianos’.

Le costaba un poco retener todos los conceptos y palabras que había aprendido en esta entrevista múltiple. Los escribía una y otra vez en su libreta, y trataba de recordar qué significaba cada uno exactamente, pero se le escapaban, se le resbalaban de su cabeza como de las manos mojadas se desliza y escapa una barra de jabón. Sabía que no debía pretender entenderlo todo y se tomó un descanso.

El principito, el Tiempo y los tiempos

La pequeña princesa de la buhardilla empezaba a unir asombro y susto: todo aquello era mucho más rico de lo que suponía al principio. Institución, misterio sacramental, banquete y sacrificio... Lo que había dicho Cecilia era algo difícil, o más bien misterioso. Entendía lo que decía Grecus de su religión: al fin y al cabo los dioses de que hablaba eran invenciones de la gente, mitos -se alegró de haber usado la palabra con propiedad- y podían llevarlos y traerlos en el tiempo como quisieran, y atribuirles todo tipo de acciones; pero Jesús es real, existió como existe ahora el que está leyendo estas páginas. Jesús se hace presente mediante un rito. ¿Cómo es posible que alguien de hace veinte siglos se haga presente hoy?

Tenía pendiente la segunda entrevista con el Principito. Sin perder un segundo, se trasladó de nuevo hasta su pequeño planeta para manifestarle su perplejidad, a ver si podía ayudarle.

-¡Qué alegría tenerte de nuevo por aquí! –exclamó el Principito, que en ese momento estaba regando su presumida rosa-

Pipa le puso al corriente de sus investigaciones, y terminó con la pregunta que le daba vueltas en la cabeza hacía tiempo

-¿Cómo es posible que un hecho realizado en el pasado pueda seguir presente?, ¿cómo puede no sólo recordarse, sino hacerlo actual hoy?

El Principito se contristó al escucharle:

-¡Oh! Hablas como las personas mayores. Las personas mayores a veces son muy extrañas. Tan extrañas que resulta muy difícil que puedan entender la Misa.

-¿Cómo??? ¿Porqué me dices que hablo como las personas mayores? –protestó, un poco picada. Era una chica muy dulce pero no encajaba muy bien las críticas-

-¿No te das cuenta de que tratas al tiempo como lo hacen ellos? A los mayores les gusta todo ordenado y numerado: les encantan los números. Y el tiempo también lo numeran. Cada momento está perfectamente numerado: 1232-05-24, 12:45 pm; 2004-05-03, 07:00 am. Ellos solo entienden el tiempo como una línea: todo va antes o después, ordenadamente. Ese es el viejo tiempo terrestre.

-¿Es que acaso hay otra forma de entender el tiempo? ¿Por qué le llamas viejo a nuestro tiempo?

-Porque a partir de Jesucristo todo es nuevo. A partir de él, también el tiempo es nuevo. El nuevo tiempo ya no es lineal: no todo lo ocurrido antes pertenece al pasado, ni lo que viene después está en el futuro. Los mayores olvidan que, además, también existe El Tiempo.

-¿Y qué es El Tiempo?

-El tiempo terrestre, el que podemos numerar, es creación de Dios. Entendemos fácilmente que Dios creó el cielo y la tierra, los mares y los peces, los árboles y las aves... pero olvidamos que también creó el tiempo. Como también creó el espacio. Dios no ocupa ningún espacio, y no vive en ningún tiempo numerado.

-¿Cómo es eso?

-Recuerdo una niña que no creía que Dios pudiese ser tan viejo: ‘nadie puede vivir miles de siglos’, decía. Se equivocaba. Dios no es un anciano... muy muy muy viejo: no tiene siglos de existencia, no tiene mucha edad, ¡no ha cumplido ningún año! Dios vive fuera del tiempo. Siempre está en el Día, en el Presente. Ese es El Tiempo con mayúscula –algunos al Tiempo lo llaman eternidad-.

-De acuerdo. Y ¿entonces?

-Lo que te decía. Cuando Jesucristo resucita, el viejo tiempo terrestre salta por los aires.

-¿Cómo así?-. preguntaba con impaciencia Pipa, haciendo un gran esfuerzo por imaginar una nueva forma de entender el tiempo; sabía que debía despojarse de la idea única de lo que el Principito llamaba el viejo tiempo terrestre, sin embargo una y otra vez volvía a sentirse presa de aquellas antiguas concepciones de la temporalidad, las únicas que hasta ahora conocía-.

-Fíjate: el Hijo, que vivía en El Tiempo, se mete en el tiempo terrestre. Se pone cara a la muerte -como todos los hombres-, y bebe nuestra muerte. Y una vez ha muerto, mata a la muerte[25].

-Es un bonito juego de palabras, pero...¿se puede matar a la muerte?

-No es sólo un juego de palabras. Eso hace Jesús resucitando. La muerte ya no es el final: la muerte ya no mata definitivamente a los hombres. La vida continúa después de morir. Al resucitar... ¡abre las puertas del cielo!

-¿Qué quiere decir que abre las puertas del cielo? ¿Que después de morir podremos entrar en El Tiempo? –exclamó Pipa, no del todo segura de lo que estaba diciendo

-Eso, por supuesto. Pero mucho más. Si sólo fuese eso, el tiempo seguiría siendo lineal, pero con una línea más larga, tan larga que nunca se acabaría. Pero... ¡qué va!... además de eso, lo que ocurre es una auténtica revolución temporal. La resurrección de Jesús marca un antes y un después.

-¿En qué consiste esa revolución temporal?

-Entra el caos. El tiempo deja de estar en su sitio. Abre las puertas del cielo, es decir, comunica el cielo y la tierra. En el Antiguo Testamento no había misterio, porque el Cielo estaba cerrado para el hombre: el tiempo terreno estaba abajo, y El Tiempo estaba arriba. Después de Jesús, cielo y tierra se mezclan, Tiempo y tiempo terrestre se mezclan.

-¡Ah! ¿Por eso hablabas del viejo tiempo terrestre?

-Así es. El tiempo terrestre antes de Jesús es plano, lineal, numerado, ordenado, cronológico, todo ocurre antes –entonces es algo pasado- o después –entonces es futuro-. Sin embargo, después de la revolución temporal del Evento de Jesús, el nuevo tiempo terrestre es interior.

-¿Interior?

-Sí, interior. El momento de ahora -en el que tú y yo hablamos, o el momento en el que ese curioso está leyendo nuestra conversación-, este momento es interior.

-¿Y qué lleva en su interior?

-La energía y fuerza del amor de Dios que Jesús que nos ha entregado. Como él es hombre y Dios, sus acciones pertenecen al viejo tiempo terreno: por eso ocurrieron en un tiempo que podemos numerar -pongamos 24.04.0030, 15.35 p.m. Pero, como Jesús es también Dios, sus acciones también son realizadas en El Tiempo, porque todo lo que hace nace en la eternidad de Dios, y pertenece al Tiempo.

-A ver qué te parece esta comparación. ¿Podríamos decir que el tiempo es como una manguera? A partir de Jesús por el interior de la manguera corre el agua de la vida nueva de Jesús –la vida que se vive en El Tiempo-, cada punto de la manguera está en contacto con El Tiempo.

-No me parece mal la comparación –aprobó el Principito-.

-Supongo que eso tendrá que ver con la misa, ¿no es así?

-¡Claro! La muerte y resurrección de Jesús es un Evento, el Acontecimiento único, que ocurrió sólo una vez, el Jueves y Viernes

Santo y el domingo en que resucitó. Pero él mandó que lo hiciésemos en memoria suya: esto es, que siempre que quisiésemos, podíamos hacerlo presente. El Evento no pertenece al pasado. Y creó una institución para realizar el Evento siempre que quisiésemos: la misa.

La joven periodista no estaba preparada para estas ‘filosofías’, pero el Principito siguió:

-La Misa es una ventana abierta en el muro de los veinte siglos que separan el Evento de Jesús de cualquier otro momento de la historia. La muerte y resurrección de Jesús es un hecho, pero es también una fuerza. A través de esa ventana, la fuerza de la muerte redentora de Cristo, su paz y su vida, nos alcanza a nosotros en nuestra vida, cada uno de nuestros días, para que su eficacia se derrame sobre todo lo que hacemos. La vida nueva que Jesús nos ofrece recorre el interior de todo tiempo terreno: ¡el nuevo tiempo terreno! –exclamó el Principito, contento de hablar de lo libre y rico que es el mundo de los humanos después de que Jesús matase la muerte-.

-¿No es un poco chocante todo este modo de ver las cosas? Me resulta difícil, porque no se ve el interior del tiempo.

-¿Difícil de qué? Entenderlo no es difícil, sencillamente es imposible. Pero no es difícil que sea así, pues más difícil es crear el tiempo y el espacio. Yo no diría que es difícil, diría que es un misterio.

-Y... si es imposible de entender, ¿cómo podemos admitirlo? –preguntó esta vez Pipa sin temor a parecer incrédula o demasiado racional.

-Bueno, o se cree o no se cree. ¿Y qué se cree? Que Jesús creó una institución por la que se realiza lo mismo, sin repetirse.

-Veamos si entiendo –dijo Pipa, haciendo uso de su facilidad para lo gráfico-. De las piezas que salen de una máquina decimos que son la misma pieza porque son todas iguales. Pero las piezas son numéricamente distintas: 1, 2, 3... tantas piezas. En cambio, cada misa y la muerte de Cristo en el Calvario son una sola y la única muerte, numéricamente la misma: 1, 1, 1... Jesús, como todos los

hombres, ha muerto sólo una vez, el año 30. Pero no se repite, sino que siempre es el Evento mismo. El Evento ocurre una sola vez, y ocurre siempre. ¡Consecuencias de la revolución temporal! Su muerte pertenece al Tiempo, y recorre el interior del tiempo terrestre: cada vez que se celebra la misa, se actualiza.

-¡Qué buen ejemplo! Es que... como todo lo que dijo e hizo Jesús... es bastante revolucionario: rompe con los esquemas ordenados y racionalistas. La realidad es mucho más libre de lo que piensan los mayores. Jesús lo dice, y el hombre -si es capaz- lo admite: los cristianos son los que se adhieren, obedecen y confían en lo que dice Jesús.

-Así es -sentenció satisfecha porque le gustaban los ejemplos y las comparaciones, y le complacía observar el éxito que esta última había obtenido.

-Pero no sólo lo dice. Yo sé que san Juan cuenta que cuando le vieron resucitado, entró en la habitación donde estaba él con los otros... sin abrir la puerta, y que les enseñó las llagas en sus manos, pies y costado. ¿Sabes lo que significa eso?

-No sé... ¿...que era como un fantasma?

-No, ¿cómo va a ser un fantasma? Eso supone que, después de morir, su cuerpo vivía de un modo nuevo -cuerpo glorioso lo llaman los teólogos-, pero les enseñó las llagas que le hicieron cuando le mataron para que constatasen que era él mismo. Fíjate: el cuerpo con el que vive ahora en el cielo, es el mismo con el que vivió hace veinte siglos. Con ese cuerpo vive Jesús en El Tiempo.

-¿...el mismo?

-De esto nadie sabe mucho, pero los apóstoles vieron que tenía su mismo cuerpo. Lo que pasa es que antes de su resurrección estaba limitado por su condición mortal, pero esas limitaciones son superadas al resucitar. Ahora es ese mismo cuerpo pero libre de todo lo que lo hace mortal, libre de la materia: su cuerpo, el de antes, pero que ahora vive de un modo glorioso. Y ese cuerpo es el que comulgáis en la misa.

-Realmente... es un misterio. Una persona que vivió hace tantos años en la tierra y que sigue viviendo en El Tiempo, que sin embargo se hace presente hoy mediante un rito, un evento que sólo ocurrió una vez pero que vuelve a ocurrir cada vez que queramos, un cuerpo que se conserva en El Tiempo por siglos...

-Sí. Y por eso, nada más terminar la consagración en la misa, se dice: Este es el sacramento de nuestra fe, este es el misterio de nuestra fe. Lo que sí te digo es que aceptar esta verdad es el punto inicial de las reflexiones de los cristianos. Admitir ese hecho es el que nos da la clave para todo lo infinito.

Al Principito le gustaba repetir las cosas, y Pipa lo sabía. Por eso no le extrañó que añadiese:

-La misa hace llegar El Tiempo a nuestro viejo tiempo. Por la misa entramos en el Hoy de Dios. El Evento es un hecho histórico fundamental que en su esencia sigue presente. El Evento no pertenece al pasado: lo único que pertenece al pasado son las circunstancias espacio-temporales en las que ocurrió.

Su admiración por la sabiduría del pequeño Principito había aumentado. Pipa estaba muy agradecida. Sacó entonces un paquete bien envuelto, atado por una cuerda dorada y un bello lazo.

-Esto es para ti. O bien... para tu cordero.

Mientras lo abría, el cordero se acercó tímidamente.

-¡La correa de cuero para el bozal! –exclamó con sorpresa-.

Quienes no conozcan la vida del Principito, si saben que el aviador había olvidado pintarle un bozal, pueden imaginar la preocupación del Principito: cada noche la rosa corría el peligro de ser devorada por el cordero.

El Principito estaba muy contento. Olió la rosa... y, cuando se iba, el Principito, aficionado a los dibujos, le hizo un mapa del tiempo y se lo regaló.

-Lo incluiré en el trabajo. Por supuesto. Lo incluiré.

...y su consejo del ‘Amén’

Antes de irse, añadió la pequeña princesa de la buhardilla.

-Solo me falta pedirte una cosa: que me des un consejo práctico.

-¿Uno solo? El Amén.

-¿El Amén?

-¿Sabes lo que significa ‘Amén’?

-Me parece que es como decir ‘sí’. ¿No es así?

-Yo diría que significa ‘Enter’. Cuando en el ordenador le das a ‘Enter’ lo que haces es decir: de acuerdo, acepto lo dicho y sigo adelante, me sumo y me comprometo con lo dicho. Pues cuando decimos Amén decimos: acepto dirigir los actos que hoy hago al Padre con Cristo, por Él y en Él. Me sumo a la vida de Jesús con la mía. En la misa puedes asociar tu vida a la de Cristo, y llevarla a la presencia del Padre: Cristo la toma y la ofrece al Padre. Por eso, lo que tú haces no muere al minuto siguiente, no es transitorio sin más: atraviesa la temporalidad y entra en El Tiempo de Dios, se engrandece, se diviniza. Unida a la misa, cualquier acción tuya es de un valor inmenso.

-O sea, ¿la misa es como un gran convertidor de acciones? A lo finito le da un valor infinito, las acciones del tiempo las traslada a El Tiempo, lo que es visto por unos pocos o por ninguno lo lleva a la presencia de Dios, lo que es pequeño o sin importancia lo convierte en grande e importante, lo que es insignificante lo convierte en acción poderosa porque Cristo la presenta al Padre junto con las tuyas, lo que no me queda más remedio que hacer lo convierte en sacrificio libre unido al de Jesús... En fin, la vida del que participa en la misa se convierte en sacrificio vivo[26].

-¡Exacto! –exclamó asombrado el Principito-. Un ejemplo. Esto que has hecho ahora, regalarme un bozal para mi cordero, no es algo transitorio. Lo haces hoy, pero si quieres... puede pertenecer al Tiempo; esto es, puede ser un acto de valor eterno.

-¿Y cómo es eso?

-Lo que te he dicho antes: por el Amén. ¿Recuerdas cuando se dice en la misa ‘por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios Padre omnipotente, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos’?

-Sí.

-¿Y qué contestan los que participan en la misa?

-¡Ah, claro! En ese momento es cuando decimos ‘Amén’.

-Por eso –concluyó el Principito-, aunque en muchas ocasiones los cristianos rezan Amén, a ese Amén de la misa se le llama ‘el gran Amén’. Realmente... es grande.

Pipa apuntó: La misa introduce el tiempo terrenal en El Tiempo de Dios y en su presencia. En cada misa se celebra el Evento: El Evento es un acontecimiento que ocurrió en el viejo tiempo terrestre un día determinado, pero que a partir de entonces recorre el interior del viejo tiempo haciéndolo contemporáneo. La misa sitúa todo en la presencia de Dios, en El Tiempo.

Trató de imaginar cómo sería la vida en un tiempo no terrenal, en El Tiempo. No era fácil, pero le divertía intentarlo, “es verdad que siempre hemos vivido con el antes, el ahora, y el después, y por eso nos cuesta tanto concebir otra forma de vivir el tiempo”. Le gustó mucho esta frase que le salió así, de manera espontánea, y empezó a mirar alrededor de la buhardilla, intentando escoger el mejor lugar para colgar el dibujo del Principito.

Mafalda y las dos palabras raras

A Pipa le asaltaba otra pregunta. Todos le habían hablado de lo que pasaba... Pero ¿cómo era posible que sucediera eso? Creía tener más o menos claro el qué, de lo que trataba la misa, sin embargo era el cómo lo que le preocupaba todavía. Pensó a quién podía preguntárselo. Pensó en Mafalda: esa chica parecía inteligente... y un poco escéptica, crítica, no fácil de convencer para nada. Allá fue. Después de ponerle en precedentes, dejó caer la pregunta.

-¿Cómo es posible que en la misa suceda lo que sucede?

Mafalda se llevó la mano izquierda a la barbilla, arqueó la boca, y repitió.

-‘¿Cómo sucederá?’ No tengo ni idea, ¿sabés?

Al escucharle Pipa decir ‘¿Cómo sucederá?’, gritó:

-¡Ya lo tengo!!!

Mafalda se extrañó, y le miró con escepticismo.

-¿Qué es lo que tenés?

-Mafalda, ¿tú sabes cuál es la primera pregunta del Nuevo Testamento? –y para no ponerla en un compromiso, no le dejó tiempo para responder-: la que hace María al ángel Gabriel... casi casi con las mismas palabras que has dicho ahora. El ángel le dice a María que va a tener un hijo, y entonces María le hace precisamente esta misma pregunta: ‘¿Y cómo sucederá lo que me dices que va a suceder?’. Era lógico que se lo preguntase, porque María no estaba casada, y no había convivido con ningún hombre. Y tuvo un hijo: fue virgen y madre.

-Bien. ¿Y cómo sucede?

Ahora, al parecer se invertían los papeles y era Pipa quien le respondía preguntas a Mafalda, cosa que -hay que decirlo- no le disgustaba del todo a la pequeña periodista, teniendo en cuenta que sentía una gran admiración por Mafalda.

-Lo hace el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, que es Dios. Me parece, por lo que voy sabiendo, que todos los cómo del Nuevo Testamento están en este cómo de María. Siempre es el Espíritu de Dios el que hace las cosas.

En ese momento entró Susanita con el cuaderno de deberes de la escuela. Las presentó. A Susanita le pareció un sueño haber saludado personalmente a una princesa, aunque fuese tan solo princesa de una buhardilla

-Bueno, por fin ¿qué deberes hay que hacer para mañana? –le preguntó Mafalda-

-Una composición sobre ‘El mundo del porvenir’. Y traer unas oraciones con el futuro del verbo vivir.

-¿Unas oraciones o unas plegarias? –contestó Mafalda con cara de inocente-

-¿Tú rezas, Mafalda? –intervino Pipa-

-¡Qué va! Ya sabes que me creó Quino. Cuando yo tenía diez años me abandonó.

-¡Oh! –exclamó Pipa-

-Entonces Quino no creía demasiado. Leía mucho la Biblia, eso sí. Ahora no sé cómo le irá a Quino. ¿Por qué me preguntás eso?

-Porque si no sabes del cristianismo... me da la impresión de que no me podrás ayudar –apuntó Pipa haciendo gala de un rigor periodístico que le gustaba exhibir.

Mafalda le dijo que investigaría, y volverían a verse: ‘Yo soy amiga de mis amigas -le dijo-, y tú y yo ya somos amigas’. Podía quedarse con Susanita un rato, y volvería.

A parte de investigar, Mafalda tenía la gran ventaja de ser una niña que conoce todos los cuentos, y conoce a todos los personajes de ficción. Al cabo de unas horas, volvió.

-¡Ya lo tengo, princesa de la buhardilla! ¡Ya lo tengo!

-¡No me digás!!! –exclamó Susanita, ya involucrada de lleno en la cuestión que preocupaba a Pipa-

-Todo el secreto está en una palabra.

-¿En una palabra? –corearon Susanita y Pipa, que se habían hecho buenas amigas

-¿Vos recordás Alí Baba y los cuarenta ladrones? Tenía una palabra mágica: ‘Ábrete, Sésamo’. Los magos tienen la suya: ‘Abra cadabra’. Samanta, la embrujada, ejercía su magia sin palabras, con un movimiento de nariz. ¿Recordás?

-Sí, claro. Pero... ¿es lo mismo?

-Claro que no. Pero podríamos decir que el ‘Abra cadabra’ de la misa es la epiclesis.

-¿Queeeeé...?

-No os asustés, pibe. La palabra es griega. Pero es muy sencillo. Epiclesis significa llamada, invocación. Épi-klésis: llamada sobre. En la misa siempre hay una oración, antes de la consagración, en la que llamamos al Padre para que envíe su Espíritu Santo sobre aquello que le ofrecemos para que su poder haga que suceda lo que sucede: que el pan se convierta en Cuerpo de Jesús, y el vino en su Sangre.

-Pero... el ‘Abra cadabra’ sólo son las palabras mágicas de un cuento –dijo Pipa en tono de protesta-. Estamos hablando de la misa, que trata de hechos reales.

-Claro: esa es la diferencia. El ‘Abra cadabra’ es magia. La epiclesis no es magia. La epiclesis es una petición eficaz.

Le explicó esto un poco más detenidamente. Al final, Pipa apuntó en su cuaderno:

La iglesia pide al Padre que envíe su Espíritu para que su poder convierta el pan y vino en Cuerpo y Sangre. Esa llamada para que el Espíritu actúe, es la epiclesis.

-Pero ¡ojo! –añadió Mafalda-: sin esta efusión del Espíritu Santo la acción sagrada de la iglesia solo sería un mero acto humano. Me han dicho que esto es importante: si el Espíritu no se hace presente, allí no ocurre nada. El Espíritu Santo es el que transforma la materia.

-Mafalda, ¡vos sí que sos grande, flaca! –le dijo Pipa imitando su forma de hablar-.

Se estaban riendo como nunca. Mafalda siguió.

-Eso no es todo. La epiclesis de la que hemos hablado es la de la consagración. Pero me han hablado de otra llamada fuerte al Espíritu.

-¿Cuál es esa segunda?

-Tiene lugar algo más tarde. Se vuelve a llamar al Espíritu para que transforme a todos los cristianos en lo que van a comer: en Jesucristo. A ésta se le llama la epiclesis de la comunión. Es decir, se le pide que introduzca en el Misterio a todos los que van a comer el cuerpo de Jesús, que transforme más plenamente a todos los cristianos en el Cuerpo espiritual de Cristo, que eso es la Iglesia.

-O sea. Que gracias a la primera llamada el Espíritu santifica las ofrendas, y en la segunda santifica a los que la ofrecen. ¿No es así?

-Efectivamente. Las ofrendas del pan y vino las convierte en Cuerpo y Sangre de Cristo, y a los oferentes los hace cada vez más Cuerpo espiritual de Cristo[27].

-¡Toma ya!!! –festejó Pipa, mientras hacía el movimiento que habría hecho Maradona después de encajar un buen gol-.

-Si te fijás, esas llamadas al Espíritu siempre las dice el sacerdote en la misa. Cuando le ordenan sacerdote, Dios le da el poder de invocar al Espíritu eficazmente.

-¿Es como si Dios se comprometiese con el sacerdote a obedecerle cuando le llama para cualquier sacramento? Como si le diera al sacerdote una especie de autorización para llamarlo, porque supongo que no cualquiera lo puede hacer.

-Así es. Pero hay más. También se habla de otra epiclesis, pero esta ya es para nota: es antes, pero pasa muy desapercibida.

-¿...una tercera epiclesis??? ¡Cuántas!

-Sí. La epiclesis de la Palabra. Tiene lugar antes de leer el evangelio, cuando el sacerdote se inclina unos segundos antes de leerlo, invocándole.

-Y... ¿por qué llamar al Espíritu antes de leer la Palabra de Dios?

-El Espíritu es de quien brotó la Sagrada Escritura. El sacerdote le pide que esté presente y dé vida a las palabras del evangelio que se van leer: ¡que sean vivas y las haga vida en los que la escuchan!

-¡Caramba! –exclamó Pipa, que no esperaba aprender tantas cosas de Mafalda. Se fue contenta con su palabra rara: epiclesis.

Tenían que irse. Mafalda le advirtió a Pipa.

-Sólo os hablé de la llamada al Espíritu. Pero tenés que saber que hay otra palabreja rara, también griega, de la que deberías informarte. Será mejor que os agarrés, porque suena rarísima: es la anámnesis. Pero te aconsejo que vayás a preguntarle a Rómulo y Remo. No sé por qué me da que ellos lo podrán hacer mejor que yo.

...y su consejo: atención al momento de la llamada al Espíritu

Y así hizo la pequeña periodista. Había sido la primera vez que le trataban de vos; y le había gustado. Pero como siempre, antes de irse le pidió un consejo práctico.

-¡Mirá que sos! ¿Te parece poco consejo estar atenta cada misa a las tres epiclesis, darte cuenta de que estás ante el único verdadero ‘Abra cadabra’ del universo? Estate atenta: epiclesis de la Palabra, epiclesis de la consagración, y epiclesis de comunión.

Tenía razón. No era pequeño su consejo. Aunque tenía la impresión de que solamente con no olvidar la palabra tenía bastante, se propuso que de ahora en adelante, cada vez que fuera a la misa, abriría más los ojos y el corazón, dejaría de contar bombillas y enviar mensajes desde el móvil, y adoptaría una postura más respetuosa, más digna, más atenta. “Embellecer el estuche” –recordó-, y sabía -o sentía-, que era capaz de disfrutar más de la misa, ahora que había aprendido tantas cosas. ‘Las tres epiclesis’ –pensó-: no era tarea fácil pero era un reto que ahora, sólo ahora, se sentía en condiciones de afrontar.

Se fue a la cama contenta y ansiosa por su entrevista a Rómulo y Remo; y también, por supuesto, porque su colección privada de dibujos de la misa aumentaba. ‘Muy pronto podré montar una galería’, bromeaba mientras veía su última ilustración.

La verdad es que no tenía mucha idea de quienes eran estos dos famosos. Lo primero que hizo fue dirigirse al breve diccionario enciclopédico infantil que tenía en su habitación. ‘Rómulo: fundador legendario de Roma, con su hermano Remo’. Se fue a la voz Remo: ‘fundador legendario de Roma, con su hermano Rómulo’. Al lado había un dibujo: dos niños pequeños mamando la leche de una loba. No tenía más datos, pero decidió hablarlo con ellos mismos.

-¿Que quiénes somos? –comentó Remo, mirando a su compañero de aventuras con una sonrisa-. ¿Cómo se lo explicamos, Rómulo?

-Pues muy fácil. Nunca hemos existido como tú existes, Pipa. Somos personajes de una leyenda. ¿No es cierto, Remo?

-Muy cierto, Rómulo

-Y... ¿qué es una leyenda? –preguntó Pipa-.

-Pues una historia inventada por los hombres. Dios crea hombres, los hombres crean personajes de leyendas. ¿Verdad, Rómulo?

-Absolutamente, Remo

-¡Ah, ya entiendo! Como un mito. Y... ¿qué hombres os inventaron? –preguntó Pipa.

-Los romanos antes de ser romanos –dijeron ambos al tiempo-.

-Y... ¿para qué os inventaron los romanos antes de ser romanos?

-Pues para poder ser romanos.

-¡Ja!... ¿es qué no podían ser romanos sin vosotros?

Rómulo advirtió en la periodista un gesto de desconfianza, como una sospecha de que le estuviesen tomando el pelo. Sin embargo, los hermanos legendarios estaban animados. Rómulo se había hecho esta misma pregunta muchas veces, y le hizo ilusión poder exponer la conclusión a aquella pequeña humana.

-Nos crearon porque nos necesitaban. ¿No es así, Remo?

-Sin duda alguna Rómulo

-Y... ¿para qué os necesitaban? –preguntó Pipa un tanto aturrida por esa manía que tenían los hermanos de confirmar cada respuesta con el otro.

-Pues mira. Si quieres, ahora te voy a preguntar yo, y verás qué sencillo es. A ver: ¿tú tienes historia?

-¿Historia? Pues... sí. Además me la sé perfectamente: he sacado sobresaliente.

-Muy bien, pero no me la cuentes –se apresuró a decirle, pues la veía embalada y con ganas de recitarle la asignatura de memoria-. Esa historia es tuya porque es la historia de tu país. ¿No es así?

-Así es.

-Y... ¿por qué estudias la historia? –continuó preguntándole Rómulo-.

-Pues... no lo sé. Porque si no me suspenden.

-Te lo voy a decir yo. Porque cuando los hombres queréis formar una sociedad, una comunidad del tipo que sea, necesitáis ir a vuestras raíces. Las raíces que os alimentan y que os unen son la historia vuestra. Un pasado compartido ayuda a formar una sociedad.

-¡Ah!, qué interesante. –exclamó Pipa que recordaba como, en su barrio, se llevaba mejor con aquellos amigos a quienes había conocido hacía más tiempo, y con quienes había formado en alguna ocasión una sociedad secreta para salvar al mundo de los mayores, y confirmaba en su memoria que en muchas de sus reuniones se dedicaban a recordar episodios de experiencias pasados, sintiéndose, de esta forma, más unidos-.

-Los romanos, cuando se agruparon y quisieron formar la sociedad de Roma, como no tenían historia, se la inventaron. Crearon una leyenda: mi hermano Remo y yo estamos en el origen de Roma, dos niños que luchamos por sobrevivir, y lo conseguimos gracias a nuestro espíritu de lucha y nuestra audacia, que nos llevó a alimentarnos mamando la leche de una loba. Tampoco era tan meritorio, pues estaba bastante buena.

Se notaba en Rómulo el orgullo que sentía por haber sido escogido por los hombres para fundar la gran Roma, sacaba el pecho y hablaba con propiedad, como si dictara una conferencia. Sin embargo, parece que Remo no estaba muy de acuerdo a juzgar por el gesto que hizo, pero no le interrumpió.

-Los hombres necesitan hacer memoria de su historia. Por eso se construyen en todas las ciudades monumentos que sirven para hacer memoria o recordar hechos o personas del pasado que están relacionados con esa ciudad o país. Y se celebran fiestas: día de la Independencia, día de la Constitución, día de tal victoria... En esas fiestas participa toda la comunidad, porque es una fiesta colectiva, y se celebra públicamente. Supongo que habrás visto alguna de las estatuas que nos han levantado, salimos tan guapos –dijo como si en ese justo momento se contemplara ante un espejo-.

A Pipa le pareció interesante todo aquello, pero llegó el momento de decirles el motivo de su visita. ‘Al grano, al grano, Pipa’ –se repetía-.

-Estoy haciendo un trabajo de investigación sobre la misa. Me ha dicho Mafalda que me podrías explicar una palabra griega que es clave para entender la misa: la anámnesis.

-Fantástico. Anámnesis significa precisamente lo que estábamos hablando: memoria. Hacer memoria, recordar, traer al presente un hecho del pasado: la misa es eso.

Remo, que no quería parecer menos listo que su hermano, aprovechó para hacer una observación.

-De los pueblos antiguos, Israel se lleva la palma en eso de hacer memoria. Es más: tenían obligación de recordar. La ley que Yavhé les había dado les obligaba a recordar en fechas determinadas algunas de las acciones que Dios había hecho a favor del pueblo judío: para que no olvidasen que Yavhé era su Dios, y que el pueblo de Israel era el pueblo de Dios[28].

A Pipa le vino a la memoria lo que Hebraicus había expuesto en la mesa redonda que le organizó Asterix. Pero Remo continuó.

-El pueblo de Israel entendía que recordar era una obligación fenomenal, hacer memoria era un deber que hacían con mucho gusto. Y a lo largo del año celebraban muchas fiestas, en las que iban conmemorando los hechos fundamentales de su historia. La principal era la Pascua, en la que hacían memoria del momento en el que Dios les liberó de la esclavitud en la que se encontraban en Egipto.

Nunca hubiese imaginado Pipa que los personajes legendarios hablasen tanto. Antes de que siguiese Remo contándole todas las fiestas del pueblo de Israel, le interrumpió.

-Muy bien, de verdad, muy bien. Pero ¿por qué dices que la misa es memoria?

-Cada misa es una fiesta en la que los cristianos hacen memoria de todo lo que ha hecho Dios amando a los hombres, y de un modo especial de la manifestación más grande de ese amor, que es el sacrificio de Jesús. La primera misa la celebra Jesús el Jueves Santo, entregándose libremente. Y dice ‘haced esto en memoria mía’.

-¡Ah! Entonces, en cada misa se hace memoria del que nos salvó, y lo hacemos celebrando la institución que él creó.

-Exacto. Por eso: anámnesis y epiclesis. Se hace memoria, y se llama al Espíritu para que intervenga. Por eso la misa no es un mero recuerdo, sino actualización: con el poder del Espíritu esa misma realidad que se recuerda se vive en ese momento.

-Impresionante –exclamó Pipa, que disfrutaba siempre que relacionaba distintas explicaciones. Recordaba lo que le dijo el Principito, y sentía que estas explicaciones eran las que le hacían falta para comprender que un hecho que sucedió hace mucho, siga sucediendo en repetidas ocasiones a lo largo de la historia -.

Rómulo llevaba un tiempo callado preparando su exposición, y tomó de nuevo la palabra.

-Ahora queda solo una cuestión fundamental ¿Sabes para qué sirve hacer memoria?

-Pues no me lo había planteado.

-Tiene dos funciones. Por un lado, es un principio de identidad.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Que es como el carné de identidad del cristiano. El cristiano es cristiano porque Cristo le ha salvado y le ha dado su vida como comida. Uno se identifica como cristiano porque hace memoria de la muerte y resurrección de Cristo. La identidad cristiana arranca de Cristo. Podéis ser cristianos –podéis ser de Cristo- gracias a lo que él hizo –su vida, pasión, muerte, resurrección, ascensión y Pentecostés- y a lo que hace en cada misa –que es lo mismo-.

Pipa recordó que en la sociedad secreta pro-salvación del mundo que había formado, tenían también un carné, y un saludo secreto, y unas claves que sólo ellos conocían.

-Claro: lo que se recuerda, se hace por la epiclesis -la llamada al Espíritu Santo-.

-Es como si Jesús, al decir ‘Haced esto en memoria mía’ estuviese diciendo: haced esto porque al recordarlo os hacéis. Al recordar a Cristo os hacéis cristianos, porque os da su vida nueva.

-Pero decías que tiene dos funciones. Una que actúa como carné de identidad. ¿Y la otra? –dijo Pipa con un poco de impaciencia, quería entenderlo todo rápidamente y se desesperaba un poco ante la falta de concreción de los demás-.

-La otra función es que es principio de acción.

-Y ¿qué es eso?

-Pues que al recordarlo, os enseña cómo debéis actuar los cristianos. Debéis hacer lo mismo que él hizo: entregar vuestra vida libremente, por amor, a Dios y a los demás hombres.

-O sea, que es como un libro en el que se os enseña una lección. ¿O qué?

-Un libro, pero mucho más: en todo caso, libro con motor incorporado. Nos enseña cómo actuar, pero además se da como alimento, para que podáis hacerlo unidos a él.

-¡Caramba! –exclamó la periodista-. Eso es impresionante, un libro que nos enseña muchas cosas, que también está vivo, y que además sirve de motor.

-Así es. Su Espíritu actúa en el cristiano para que se transforme en Cristo y obre como Cristo. –concluyó Rómulo, mirando de reojo a su hermano, haciendo un discreto gesto de reverencia, como si se inclinara un poco ante un imaginario auditorio que lo aplaudiera animadamente-.

Pipa estaba feliz. Muy feliz. Estaba agradecida a Mafalda por haberle dirigido hacia estos hermanos tan curiosos. Ahora entendía por qué Mafalda le había hablado de dos palabras raras: epíclesis y anámnesis se complementan. Se hace memoria, y se pide al Espíritu que actúe. Y la memoria tiene la función de ser principio de identidad y principio de acción. Poco a poco, Pipa iba configurando un pequeño diccionario, un glosario –sabía que se decía así- de términos necesarios para entender la misa, y que para ella ya no encerraban misterio: o mejor, iba conociendo el misterio que encerraba. Aunque todavía quedaba camino por recorrer.

Rómulo y Remo se despidieron. Sus últimas palabras le gustaron a Pipa:

-Enhorabuena por vuestra fiesta: los del pueblo de Israel sólo recordaban. Vosotros, en cada misa, realizáis lo que recordáis. En toda la tierra no hay nada igual a una misa. ¡Qué suerte tenéis! Eso sí que es una auténtica fiesta: el pasado lo hacéis presente, y además también el futuro lo hacéis presente: adelantáis parcialmente la vida nueva que os espera al final de los tiempos.

Esas palabras emocionaron a Pipa.

...y su consejo de recordar el futuro al gritar ‘¡Ven, Señor Jesús!’

-¿Me podríais dar un consejo práctico? Se lo pido a todos.

-¡No faltaba más! Entre la muerte de Jesús y su vuelta definitiva –al final de los tiempos-, la misa está destinada a llenar ese tiempo de la presencia de Jesús. Haz memoria de Jesús que vino y que vendrá. Por eso se dice después de la Consagración: ¡Ven, Señor

Jesús! Recuerda en cada misa que estás de paso, que ahora solo lo tienes oculto en sacramentos, pero recuerda el final: tendrás a Jesús en plenitud y sin velos.

Nunca olvidaría Pipa estos dos niños, inventados para fundar Roma, y orgullosos de ello. Le causó gracia la sana competencia fraternal en la que estaban trabados, y la agradeció porque gracias a ella se esforzaron en ser claros y en explicarle mejor la anamnesis y la epiclesis. Pensó que si hubiera sido ella la fundadora de Roma, también se sentiría orgullosa, y podría caer también en esas muestras infantiles de grandeza.

Juan y las dos mesas

Un día se sorprendió Pipa con esta ocurrencia: ‘¡Seré tonta! Cómo no se me ha ocurrido preguntar a Juan’. Sabía que había sido el más joven de los apóstoles –unos quince años tenía cuando siguió al Maestro-. Pipa se imaginaba que sería como el ‘ojito derecho’ de Jesús. Él fue quien estaba recostado sobre el pecho de Jesús durante la Última Cena; estuvo todo el tiempo junto a la cruz; y el primero de los apóstoles que corrió, con Pedro, al sepulcro el domingo de resurrección. ‘A por Juan’, dijo.

Se dirigió a su casa. Le abrió la puerta un chaval. Le pasó a una pequeña sala de estar, donde se encontraba Juan, muy anciano, sentado en una tumbona, con una manta de aspecto áspero sobre las piernas.

-La misa es la gran Cena de los discípulos de Jesús. Es la misma cena que tuvimos en el Cenáculo los apóstoles en torno a Jesús alrededor de una mesa. Pero es una Cena muy curiosa.

-¿Porqué dice que es curiosa? –dijo Pipa con ternura espontánea-

-Porque es como una obra de teatro que tiene tres actos. Es una única obra de teatro, pero que consta de tres partes. O sea, un acto que se desarrolla en tres momentos.

-¿Cómo es eso? Realmente es curioso.

-Cuando Jesús dice ‘Haced esto en memoria mía’, lo que nos pide que hagamos es una única cosa, pero esa cosa es lo que ocurrió el Jueves Santo, el Viernes Santo y el Domingo de resurrección. ¿Me explico? Debíamos hacer memoria de lo que en el tiempo se realizó por separado en tres momentos fundamentalmente.

-¿No es un poco raro eso, Juan?

-¡Qué va! Como una melodía que consta de tres notas, o una biografía de tres capítulos, o un movimiento en tres tiempos. Lo mismo.

-¡Ah! O como una palabra de tres letras, o un número de tres cifras. ¿No es así?

-Así es, pequeña.

-¿Y cuáles son los tres tiempos de la Cena de la misa?

-Allí nos dijo ‘Esto es mi Cuerpo, éste es el cáliz de mi Sangre’, y nos lo dio. Esa cena consiste en el hecho de que Jesús nos hizo entrega de su cuerpo y su sangre, es decir, de su existencia terrena, de su vida. Todavía no había muerto, pero ya nos daba su vida. Estaba anticipando su muerte del día siguiente.

-¿Y para qué la quería anticipar?

-Para transformar su muerte en un acto de libre entrega, en un acto de amor[29].

Pipa anotó: ‘la última cena es una anticipación de la muerte’. Juan continuó.

-Cuando al día siguiente murió Jesús, entonces tuvimos la clave para entender la Cena del día anterior: había anticipado su muerte. Esa muerte tan terriblemente violenta, la había anticipado para mostrarnos que era un sacrificio libre que hacía por amor: ‘por vosotros y por todos los hombres’, nos dijo.

-Ya entiendo. O sea, que aunque parecía que le habían matado, que no le había quedado más remedio que morir pasivamente – porque le habían cogido preso-, sin embargo era un acto libre de entrega por amor, para redimir al mundo.

-Claro. ¿Ves? Un mismo hecho, que en el tiempo se desplegaba en dos actos, en dos días.

-¿Y la resurrección? –preguntó con curiosidad la pequeña princesa-.

-En la Cena anticipaba también la resurrección. Nos dimos cuenta luego, cuando resucitó. Pudimos entender que su amor era más fuerte que la muerte, que él no moría definitivamente. Por eso se nos daba como alimento, nos daba su vida[30], y nos la seguiría dando siempre que hiciésemos aquella Cena en memoria suya: él había vencido a la muerte. Y en vez de distanciarse definitivamente de nosotros al morir, al morir se comunicaba a quien comiese su cuerpo y sangre[31].

Juan jadeaba al hablar. El chaval que le había abierto la puerta intervino.

-Juan, debe descansar. Es la hora de la siesta. Si quiere, continúa después.

-Un momento. Una cosa más, y si no tienes prisa, Pipa, luego seguimos. Tiene razón: el médico me ha obligado a echarme un rato todos los días.

-Por supuesto –dijo Pipa-. Yo le espero por aquí.

-Pero termino con lo anterior. Es difícil que sepáis esto los que no conocéis cómo son los sacrificios judíos en el Templo. Las palabras de Jesús ‘Esto es mi cuerpo, este es el cáliz de mi sangre’ a nosotros nos sonaban a conocidas.

-Ah, ¿sí? ¿Las habíais oído antes?

-Exactamente así dichas, no. Pero sí habíamos oído esa fórmula. Eran las palabras que los sacerdotes pronunciaban solemnemente al ofrecer un sacrificio a Yavhé: ‘Este es el toro que la familia tal ofrece por tal intención’. Jesús usó la misma terminología, pero aplicada a sí mismo: ‘Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros...’. Es decir: en vez de la vida de un toro, era su vida la sacrificada. Y él mismo era el sacerdote que las pronunciaba, el que ofrecía el don.

-Efectivamente. Usó la misma fórmula.

-Y la intención del sacrificio también la expresó: ‘por vosotros y por todos los hombres, para el perdón de vuestros pecados’.

Ahora sí que le cogieron entre los dos mozos, y se lo llevaron en volandas hasta una habitación fresca y oscura. Pipa salió con los dos mozos al exterior de la casa, para no molestar con su conversación al anciano mientras descansaba. La curiosidad de Pipa le pedía saber quiénes eran esos dos jóvenes.

-Somos dos cristianos de esta comunidad. Nos turnamos con unos cuantos más para cuidar a Juan. Como ves, ya no tiene fuerzas para andar. Las comunidades cristianas, cuando se reúnen para la Eucaristía, le invitan con frecuencia para que les predique.

-¡Qué suerte! ¡Os contará cantidad de cosas!

-¡Qué va! ¿Sabes lo que suele pasar? Después de leer las Escrituras, se hace silencio esperando escucharle. Siempre dice lo mismo: ‘Hijitos, quereos mucho’. Y ya está. ¡No dice nada más! ¡Siempre lo mismo! ‘Hijitos, quereos mucho’. Pero lo dice de una forma... que vale la pena escuchárselo. Eso es todo lo que nos dice.

El otro chico, que no había dicho nada hasta el momento, sentenció.

-Al que le parezca poca cosa, es que no se ha enterado de nada.

* * * * *

Hablamos de otras cosas. A la hora de sexta, le despertaron. Después de darle unos líquidos, seguimos la conversación.

-Pipa, mientras descansaba, pensaba en ti. Mira: la misa es un banquete con dos mesas –le dijo san Juan con voz gastada-. La mesa de la palabra y la mesa del sacrificio. Que comulgues muchas veces en las dos mesas: que acojas su palabra, y que comas su carne.

-Lo hago todos los domingos –dijo Pipa-.

-Cuando comulgamos, cuando le acogemos, nos unimos a él y a todos los demás cristianos en él. Cuando comemos su cuerpo, él nos transforma en su Cuerpo. Esto no es fácil.

-A ver si soy capaz. Me interesa.

-Nos transforma en su Cuerpo espiritual. Tú, yo y estos dos chicos tan majos que tienen tanta paciencia conmigo, formamos el Cuerpo espiritual de Jesús. Somos un mismo Cuerpo unidos por el espíritu de Cristo resucitado. Ese Cuerpo espiritual es la Iglesia. La Iglesia es la reunión de los discípulos de Jesús. Pero estamos siempre reunidos –unidos- por el espíritu de Cristo resucitado.

-O sea... quieres decir que Jesús sigue viviendo no solo en el cielo, sino también en la tierra.

-Jesús sigue viviendo en el mundo, sí, pero no de una forma abstracta. Sigue viviendo con Cuerpo: la humanidad de los que somos la Iglesia es el Cuerpo en el que Jesús sigue revelándose y obrando. Fíjate: los que comen su Cuerpo, unidos por el Espíritu, forman su Cuerpo espiritual. Por eso, la eucaristía hace la Iglesia.

A san Juan le hizo gracia que tomase apuntes la periodista.

-Si apuntas que la eucaristía hace la Iglesia, apunta también esto: La Iglesia hace la eucaristía.

-La eucaristía hace la Iglesia, y la Iglesia hace la eucaristía. ¿No será un juego de palabras? ¿no?

-Ni mucho menos. ¿Sabes por qué? La misa es la misma Última Cena que realiza Jesús, pero ahora la realiza con su Cuerpo espiritual que es la Iglesia. Pero es él mismo -no con su cuerpo terreno, sino con su Cuerpo espiritual-; es Él mismo quien hace la misa. ¡Nadie puede hacer la misa más que la Iglesia!

-Porque la Iglesia es su Cuerpo, ¿no es así?

-Así es. Por eso, aunque estén una docena de personas en una misa, la celebra toda la Iglesia, todo el Cuerpo espiritual; esas personas que asisten no es que sean representantes de todos, sino que la Iglesia entera obra a través de ellos.

-Entonces, ¿al decir la Iglesia quieres decir el sacerdote?

-No, quiero decir la Iglesia. Lo que pasa es que el poder para celebrar su memoria es un poder recibido por Cristo[32]; lo recibimos nosotros y aquellos a los que se lo hemos transmitido: los sacerdotes. El sacerdote, durante la misa, ora y ofrece en nombre de la Iglesia, y consagra en la persona de Cristo[33].

...y su consejo de decirle que la desea ardientemente

Los dos cuidadores de Juan le recordaron que deberían ir saliendo porque les esperaban en la eucaristía que iba a celebrar una comunidad cercana. Pero Juan se dirigió a Pipa.

-Hijita, antes de irte te digo lo más importante: que ames mucho. Serás capaz si te dejas amar por él. Jesús quería dársenos, hacernos suyos: tenías que haberle visto y oído en la última Cena que tuvimos con él[34]. ¿Sabes qué? Que Jesús te busca en la misa. Búscales tú en la misa. Siéntate a la mesa de la Palabra... y escúchale. Siéntate a la mesa del sacrificio... y déjale que se te dé, comulga.

Y con un gesto como de dolor, añadió.

-¡Qué barbaridad ir a misa a estar, o a cumplir...! Él deseó ardientemente esa cena: nos lo dijo al principio[35].

-¡Oh!, Juan, muchas gracias. Justamente quería pedirte algún consejo práctico antes de despedirnos.

-¿Un consejo práctico? Este: deja que Jesús te lo diga a ti al llegar a la Iglesia; recógete, y recuérdalo: Ardientemente he deseado comer esta cena contigo. Y dile tú a él lo mismo antes de la misa: Jesús, deseo ardientemente esta misa.

Y añadió con un tono que nunca podrá olvidar la pequeña princesa de la buhardilla.

-Él te busca. Búscales tú. Al saberte amada así por él, luego amarás tú a los demás. El te transforma, te da su Espíritu para que ames, para amar él en ti. Hijita, ¡que ames mucho!, ¡que le quieras mucho a él y a todos!

Había muchas personas a quienes Pipa quería: su madre, su padre y sus hermanos, y -por supuesto- sus amigos y sus amigas. Pero nunca antes había imaginado que alguien pudiese amarla tanto como ella sentía que podía amar Dios. Nunca había pensado en un amor tan grande que generase más amor, y por el que alguien pudiera dar su vida[36]. Esto la superaba un poco, pero también la llenaba de una alegría inmensa, porque adivinaba un mundo nuevo, que descubría y comenzaba a entender, un mundo espiritual superior a este que conocemos, que empezaba a conocer profundamente, y no había mayor dicha para ella que ésta.

Tomás Moro y la alegría del Padre

Con la ilusión de prepararse para su profesión de periodista, Pipa leía todo lo que se le ponía por delante, siempre que no fuese demasiado largo. Uno de esos cortos relatos contaba un suceso de la vida de Tomás Moro, y le había caído muy bien: ‘Qué tío más valiente’ –dijo a su madre cuando se lo contó-.

Aunque Tomás era como el presidente de Inglaterra, le metieron en la cárcel porque no quería firmar un documento que autorizara al rey de Inglaterra –Enrique VIII- divorciarse de su mujer para casarse con otra –Ana Bolena-. Firmaron todos los políticos menos él, que tenía el cargo de mayor rango. Todos los intentos de que autorizara el divorcio del rey, fracasaron: iba contra su conciencia. Consecuencia: le castigaron con la pena de muerte. Pasó un tiempo encerrado en una torre, esperando el día en que le llevarían a cortarle la cabeza. En la torre sufrió mucho, y su esposa – Alicia- fue a visitarle: quería convencerle de que firmase aquel documento; con el simple hecho de firmar, podrían seguir disfrutando de la vida, sin más complicaciones.

-Bueno, Alicia –le dijo Tomás-, ¿y por cuánto tiempo piensas que podré gozar de esta vida?

-Por lo menos veinte años más –replicó ella.

-Mi buena mujer, no sirves para negociante. ¿Es que quieres que cambie la eternidad por veinte años?

Pipa recordaba esta anécdota, y le hacía ilusión poder preguntar a aquel buen político, buen cristiano, y buen padre de familia. Seguro que le podría decir cosas muy interesantes. Cuando Pipa tenía ilusión por algo, no había quien la parase... ¡y consiguió meterse en la torre, a solas, con él!

-La misa es... -y permaneció un rato en silencio, pensando-. La misa es la celebración de la alegría del Padre.

Aquello le desconcertó a la pequeña periodista, y no pudo reprimir una exclamación de fastidio.

-¡Oh!, no.

-¿Qué te pasa?

-Que he preguntado a muchos, y nadie me había dicho nada de eso. Además... ya se ve que aquí no vas a misa, porque en esta torre tan triste, no puedes celebrar la alegría de nada ni de nadie. ¿O es que estás alegre?

-Sufro, pero con la alegría del Padre.

-¿Qué es eso de la alegría del Padre? Por favor, no entiendo nada. ¿Qué es eso?

-No te preocupes. Vas a comprender que la misa es eso, y que gracias a ella los cristianos vivimos siempre alegres.

-Eso espero, porque si no...

-A veces olvidamos que la misa no solo es la pasión, muerte y resurrección de Jesús, sino que también es su ascensión a los cielos... y el envío del Espíritu Santo –Pentecostés-.

-Si no te importa, ve por partes –le pidió Pipa algo agobiada, aunque -un poco acostumbrada a que la bombardearan con palabras y conceptos- había adquirido una destreza notable en tomar notas y ordenar ideas-.

-¿Cuál va a ser la alegría del Padre? El amor del Padre a los hombres había sido herido[37], pues le habían rechazado. Pero resulta que el Hijo se hace hombre, y vuelve al Padre habiendo vencido a la muerte[38]. Y no vuelve el Hijo solo, sino a la cabeza de

todos los hombres[39]. Esa es la alegría del Padre. Fíjate que la Ascensión es muy importante: alguno se extrañará de que la llame ‘la fiesta de la carne’.

-¿... fiesta de la carne? Tomás, me parece que eres muy original...

-¡Déjate de tonterías! En la Ascensión, la carne penetra en el seno del Padre. ¿Te parece poca fiesta para la carne?

-Tienes razón.

-También extrañará que diga que la Ascensión de Jesús es progresiva.

-¿...que la Ascensión es progresiva?

-Comienza el ascenso a los cielos el día en que asciende Jesús, pero no terminará hasta que ascienda toda la realidad de los hombres ante el Padre.

-Okey –dijo la princesa haciendo una concesión a su entrevistado-

-Y, por último, también extrañará que diga que la Ascensión es el comienzo de la liturgia en el cielo.

-Así es: extraña. ¿Qué quieres decir con eso?

-Toda la realidad del mundo y de los hombres comienza a volver a Dios Padre. Es el comienzo del gran retorno. El mundo amado por el Padre vuelve a él y entra en él. La liturgia es eso: la realidad temporal entra en el cielo[40]. El Padre es reconocido y adorado; todo vive una vida nueva, vive en Dios. Esto comienza con la Ascensión, pero terminará al final de los tiempos.

Pipa repitió:

-La carne penetra en el cielo, la ascensión es progresiva, comienza la liturgia en el cielo.

-Perdona una pregunta. ¿Todo esto tiene algo que ver con la misa?

-Por supuesto. La misa es la institución gracias a la que entramos en esa liturgia del cielo. No sé si me explico.

-No sé que decirte: algo... pero no mucho.

-En la misa se celebra también la ascensión de Jesús, y se actualiza: de alguna manera ascendemos nosotros con Él, nos coloca ante el Padre[41], entramos en su gloria, volvemos a él, entramos en su presencia y en su vida. Te decía que es progresiva la ascensión: en cada misa se continúa realizando[42].

-¡Caramba!

-Toda la realidad que se presenta en la misa –las ofrendas, lo que cada uno pone en la patena y en el cáliz para que lo ofrezca el sacerdote-, todo eso sube a los cielos, entra a formar parte de la vida de Dios, alegra a Dios. La Presentación de los dones es ‘devolver’ a Dios con amor lo que habíamos recibido de él.

-Me han dicho que en la misa se encierra el misterio del amor de Dios al hombre. ¿Se puede relacionar con esto que me dices tú ahora?

-¡Pues claro, pequeña! En la misa acogemos el misterio del amor que Dios nos tiene. Pero no solo eso, sino que respondemos a ese amor. En la misa realizamos nuestra acogida del misterio y damos nuestra respuesta al misterio.

-¿Cómo se responde?

-Llevando de nuevo a las manos de Dios todo lo que salió de sus manos. El amor de Dios estaba herido, porque el mundo rechazó a su Hijo, porque el Maligno se ha hecho con el mundo, porque hay mucho ‘no’ a Dios. Sin embargo, en la misa se le dice ‘sí’ a Dios: el sí de su Hijo, el sí de la Iglesia, el sí de cada uno de los que allí estamos. Es el retorno a Dios de lo que ha salido de Dios. Es reparar el amor herido de Dios.

-Ahora entiendo que digas que la misa es la alegría del Padre. Entonces... si no he entendido mal, en cada misa... es como si el cielo y la tierra se unieran.

-Claro. Por eso podemos decir que la misa es el cielo en la tierra. Algunos se imaginan que la ascensión es solamente algo que ocurrió un día hace muchos años, pero no es así. La ascensión afecta también a la historia que vivimos ahora.

Pipa advirtió que Tomás cambiaba el tono de voz, adoptando uno más confidencial. ‘Cada vez me cae mejor’, estaba pensando. Aquel elegante lord inglés le susurró con una emoción que manifestaba la gran batalla interior que estaba sufriendo.

-¿Por qué crees que yo soy capaz de vivir en esta prisión, de permitir que sufra mi mujer y mis hijos? ¿De dónde piensas que saco fuerza para vivir con paz la espera a que me lleven en unos días al cadalso?

-No tengo ni idea. Lo siento, pero es así.

-Pues porque la misa es como el desarrollo de la victoria de Jesús a lo largo de los tiempos. Ahora, aquí, en Inglaterra, la victoria de Jesús se actualiza en el combate mío. Mi combate lo lleva Cristo al seno del Padre. Entonces, la vida del Padre, la fuerza de su Espíritu, son capaces de actuar en mí. Todo esto es invisible, pero yo lo experimento[43]. Podrías preguntar a tantos mártires –famosos y desconocidos- que aman a los que les odian.

-O sea, que Jesús va ayudando a cada uno.

-Jesús es el gran Servidor en cada momento de la historia, que alimenta, cura, hace crecer, perdona, fortalece, transforma, libera, diviniza, recuerda que se es amado por el Padre... eso con cada uno, en cada momento...[44] y así va llevando a la liturgia del cielo –la liturgia celeste- la historia que vivimos ahora. La energía del cielo se hace presente en la tierra.

-Ya se ve que cada hombre no es una mota de polvo perdida en el espacio, sin valor. Tomás, ¡estoy alucinada! De verdad. No sé si te he dicho que yo soy periodista gráfico, y siempre me gusta expresar con dibujos todo lo que aprendo. En los cuadros siempre se dibuja en dos planos. El plano inferior, la tierra; y el plano superior, el cielo.

-Ahí está el error.

-Por eso te lo decía. Parece que están mezclados los dos planos.

-Así es.

-Entonces, ¿cómo los representarías?

-Más que mezclados, diría que uno es interior al otro. Como un cable de los que usáis a partir de Edison... ¡eso sí que fue un buen invento! –exclamó con humor-. ¿Has visto un cable por dentro?

-Sí, claro, los hemos usado en ‘Pretecnología’.

-No sé que es eso, pero no importa. Has visto un cable por dentro.

-Sí. Está la funda, y el hilo de cobre que transmite la energía.

-Pues, aunque no es exactamente así, como imagen quizá valga. En el plano que se ve, el más aparente, los protagonistas que se llevan el gato al agua son el Príncipe de este mundo y la muerte: todo acaba. Sin embargo, en el plano interno, el más oculto, el protagonismo lo tiene la energía de Dios: se vive la vida de Dios, conecta con el cielo, la muerte no tiene la última palabra... Recuerda: ‘el Reino de los Cielos está dentro de vosotros’.

Aquello le gustó a Pipa, y le faltó tiempo para hacer el gráfico en su cuaderno. Tomás continuó.

-Al principio te he hablado de la Ascensión y del envío del Espíritu Santo. Así como en la Ascensión la carne penetra en el seno del Padre, en Pentecostés el Espíritu penetra la carne en toda la humanidad[45]. Es la energía de Dios que cablea interiormente el mundo aparente. Claro, solo en los corazones y en las acciones de los que le aceptan.

-Eso es lo que me has dicho antes. ¿No?

-Efectivamente. Así como en la Ascensión comienza la liturgia en el cielo, en Pentecostés comienza a celebrarse la liturgia del cielo en la tierra.

-¡Qué interesante!

-Mucho. Gracias al Espíritu que penetra en el mundo, los hombres podemos participar de la vida del Hijo.

-Y... ¿también se celebra Pentecostés en la misa?

-También. Pentecostés, como la Ascensión, como la Pasión, como la muerte, como la resurrección... se celebran en cada misa. En la misa se realizan en el presente todos esos hechos ocurridos en el pasado.

Tomás experimentaba esa presencia de los misterios en su vida. Por eso quiso sentenciar diciendo, con solemnidad, en un inglés que lo entendería hasta quien no supiese inglés:

-Since Jesus, all the events of his life are indeed put in present as living and effective acts each time the holy Mass is celebrated. ¿Me has entendido?

-Claro: ‘A partir de Jesús, los hechos de su vida están presentes como hechos vivos y eficaces en todo tiempo, cuando son celebrados en la misa’. O sea, que gracias a la misa están siempre vivos los misterios de Jesús, somos contemporáneos de su vida, de su pasión, de su muerte, de su resurrección... de su ascensión y de su envío del Espíritu.

-Con periodistas como tú, la información no tendría problemas de entendimiento –bromeó el Lord-.

...y su consejo de retener a Jesús

Llegaba la hora de despedirse, y Pipa le hizo –como siempre- su última petición.

-No sé. Que confíes en la fuerza de la misa, que dejes que la victoria de Jesús obre en ti, que te alegres de poder alegrar al Padre... Nunca digas que no puedes: con la misa lo puedes todo.

-¿Podrías ser más concreto?

-¡Te veo muy exigente! Pues mira, te doy una oración que me he escrito estos días, aquí en la torre, para decírsela a Jesús después de la comunión. No se la podré decir muchas veces más... si quieres continuas diciéndosela tú: cuando celebréis en al tierra la liturgia del

cielo, llegará la oración, la escuchará él y yo... nos miraremos... y será motivo de alegría para el Padre. Tómala.

Pipa cogió el papel.

-La pondré en mi libro.

-Te leo lo que he escrito; este es mi consejo para después de comulgar:

“No desprecies este tiempo especial de oración, pues no sabemos si lo volveremos a tener. Esforcémonos por retener a Jesús con nosotros, y digámosle como los discípulos de Emaús: ‘quédate con nosotros, Señor’. Y podemos estar seguros que no se irá”[46].

Y con estas palabras revoloteándole en la cabeza se recostó en la cama. Echó una ojeada a la buhardilla, y con agrado contempló el nuevo aspecto que tenía. ¡Realmente parecía una galería!

Sir William Wallace y la Alianza de la libertad

Una de aquellas noches, Pipa escuchó en su buhardilla un fuerte grito que venía desde la sala de estar. Bajó corriendo. Estaba terminando la película Braveheart. Cuando Pipa se empeñaba en algo... sus hermanos sabían que era mejor hacerle caso cuanto antes. Rebobinaron para que viese la escena.

El protagonista, Sir William Wallace, sobre el patíbulo, con la guillotina a punto y el verdugo preparado. El justiciero pide silencio a los asistentes al suplicio, que llenan la plaza: ‘Silencio: el reo quiere hablar’. Cuando no se oye una mosca en toda la plaza, Sir William da un largo grito que pone la piel de gallina: ‘¡¡¡Libertaaad!!!’.

A Pipa le faltó tiempo para documentarse: en la Edad Media, un ejército de nobles escoceses se enfrenta al rey inglés para conseguir la libertad de Escocia. Pero estos nobles, en el último momento, traicionan a Wallace haciendo un pacto con los ingleses. Wallace es capturado y torturado, y llevado a la guillotina.

‘Qué interesante sería hablar con este valiente cristiano, aunque sea un poco antiguo’, pensó Pipa. Pensado y hecho.

-Sí. Yo luché por la libertad de un pueblo. Pero eso es poca cosa.

-Los grandes hombres siempre tan modestos –replicó Pipa, que admiraba aquel guerrero-.

-No es modestia –dijo William, que no era un hombre de muchas palabras, por lo menos eso le parecía a Pipa.

Se agachó y cogió una hierba mala con una pequeña flor blanca, minúscula y preciosa.

-¿Sabes cuánto vive esta flor?

-Ni idea.

-Un día. ¿Y sabes cuánto suele vivir una rosa?

-Me imagino que más o menos una semana.

-¿Y un perro?

-Unos quince años.

-¿Y un caballo?

-Unos veinticinco años, me parece.

-¿Y un hombre?

- Normalmente... no llega a los cien años. –respondía y se sentía un poco como si estuviera en un programa de concurso; no le gustaba demasiado ser interrogada, sin embargo Sir William era muy amable. ‘Aquí las preguntas las hago yo’, le hacía gracia recordar las palabras de alguna película de detectives.

-¿Te das cuenta? Todo lo que vive, muere. Reconozco que soy un héroe, como tantos otros que ha habido en la historia –es más, pienso que toda persona es un héroe o es un frustrado-. Todos los héroes hemos conseguido algo, pero... ¿qué ocurre después? Conseguimos libertades pequeñas, libertades parciales, sí; pero después... siempre espera la muerte. Nadie ha vencido la muerte.

-¡Caramba! ¿Y...?

-Pues que el único problema serio que tiene el hombre en este mundo es ese: que el hombre existe para la muerte. La libertad que desea el hombre es la de liberarse de la muerte. No que le prometan cosas, ni que le den teorías, ni métodos para ser feliz aquí, por muy feliz que logre ser; y por más cosas que acumule y que aprenda, al final siempre será lo mismo para todo el mundo: ricos o pobres, a todos les esperará la muerte y les acogerá a todos igual. No. Lo que el hombre desea más profundamente es que le liberen de la muerte.

-¿Es posible eso?

-Solo una persona lo ha hecho: Jesucristo. El gran Evento de la historia es que Jesús murió y resucitó. Se entregó a la muerte –murió como mueren todos los hombres-, pero resucitó. ¿Sabes lo que significa eso?

-¿...que sigue vivo? ¿...que mató a la muerte? –respondió orgullosa de recordar lo que había aprendido en sus entrevistas anteriores-

-No solo eso. Ha vencido a la muerte con su muerte. Ahora está vivo con una vida que ya no puede morir, y... ¡asómbrate!... ofrece a los hombres nacer a una nueva vida, su vida. Esa vida nos la ofrece ya, mientras vivimos en la tierra, y para quien la acepta continúa después... ya para siempre[47].

- A ver si lo he entendido, ¿quieres decir que tenemos que volver a nacer? [48]

-Así es, pero no pienses que te estoy hablando de la vida de la carne. Se trata de un nuevo nacimiento, de un segundo nacimiento. Es un auténtico nacer a una nueva existencia. La vida del Espíritu de Jesús nace en nosotros cuando le aceptamos, nos hace nuevos[49]. Y en esa vida nueva que él nos ofrece está la libertad[50], porque es una vida que está libre de la muerte.

-¿Y cómo se acepta su vida?

-La ofrece en cada misa. Cuando hacemos memoria de su sacrificio, aceptamos su vida. Eso es lo que hacemos al participar en la misa.

-O sea, que yo me meto en una iglesia un día mientras un sacerdote celebra una misa, y ya me libro de la muerte.

-No. No es estar en una ceremonia. ¡Jé, jé! –carcajeó-. Estar en un sitio no libera de nada. ¡Se trata de participar! Y participamos plenamente en la misa cuando comulgamos: es entonces cuando le aceptamos, y él nos libera[51]. No se cómo decírtelo, pero participar en la misa -aunque suene un poco fuerte- es morir con él para vivir con él.

-¿Y qué significa morir con él? Después de todo, soy una niña, y me asusta un poco la muerte –confesó, aunque poco a poco le iba cambiando la idea acerca de la muerte; ya no la veía como algo trágico y triste, sino como algo misterioso-.

-Entregarse por amor, como Jesús se entregó por amor. Entregarse al Padre y a todos los hombres. Aunque pocas veces seamos conscientes de ello, la necesidad más profunda del hombre es sin duda la de entregarse, la de darse a los demás. Es lo que solemos llamar sacrificio.

-O sea –trató de recapitular Pipa-: en la misa nos libramos de la muerte empezando a vivir la vida nueva de Jesús, entregándonos con Jesús.

-Esa era la primera idea que quería transmitirte. Es fundamental. Jesús lo dijo: quería hacernos libres. En primer lugar, nos libra de la muerte, porque él es la Vida. Esto va unido a la segunda idea que quiero decirte.

-¿Cuál es la segunda idea?

-Fíjate, pequeña. Algunos piensan que ser cristiano consiste en aprender una doctrina, en seguir unas enseñanzas, como si se tratase de un conocimiento. Pero no es eso.

-Entonces... ¿qué es?

-Aunque también enseña algunas verdades, lo fundamental que hace Cristo no es enseñar un modo de vida. Lo esencial de Cristo es que ofrece y nos da una nueva vida. Su plan de devolver la salud a los hombres no es solo doctrina, sino en primer lugar acción, su acción salvadora. Por eso, la iglesia conduce a los hombres a la salvación no solo enseñando, sino por las acciones sagradas.

Continuó.

-Mediante las acciones sagradas ofrece al hombre un nuevo modo de ser, una transformación[52]: el hombre puede vivir ya en este mundo la vida de Dios[53]. Es lo que llamamos la vida de la gracia, por la que Dios vive nuestra propia vida; o lo que es lo mismo, nosotros comenzamos a vivir la vida de Dios.

-¡Caramba!

- El cristianismo no son únicamente reglas a seguir. Enseñar lo puede hacer cualquiera. Pero divinizar la vida del hombre, darle la vida del Espíritu... eso solo puede hacerlo él, directamente con su cuerpo terrenal –como hizo durante sus años de vida aquí- o con su Cuerpo espiritual que es la Iglesia. Jesús es el salvador, es el liberador del hombre.

-Y para conseguir esa libertad, ¿qué tenemos que hacer?: ¿solamente aceptarle?

-Sí, pero aceptarle supone algo muy gordo: debemos morir a nuestra independencia.

-¿Qué significa eso de morir a la propia independencia?

-Esto no es nada fácil. El hombre es libre, pero tiende a usar la libertad como un poder para hacer lo que quiere, con autonomía, con independencia. Y sin embargo, eso es una libertad enferma.

-¿Libertad enferma?

-Sí. Y Jesús le ayuda a liberarse de esa libertad enferma. Además, vivir con la libertad enferma es como vivir muerto, porque no se puede amar de verdad. Una persona está más viva cuanto más ama[54], y más muerta cuanto más egoísta e independiente es. Quizá

te extrañe, pero me gusta decir que la misa es la medicina de la verdadera libertad, nos hace más libres[55].

A Sofía le gustó la imagen de la misa como ‘medicina de la verdadera libertad’.

William se daba cuenta de que la periodista se perdía.

-Mira. El hombre sale de Dios, que nos crea porque le da la gana amarnos. Cuando Dios pone al hombre en la existencia, le deja libre. Si el hombre quiere volver a Dios —ser divinizado, vivir eternamente con él- ha de comprender que la única forma de volver es entender que su libertad la tiene para responder a Dios con un amor libre.

-O sea, ¿que volver a Dios requiere amar a Dios, y amar a Dios significa aceptar la dependencia de Dios?

-Exacto. El sacrificio es eso: quitar lo que no deja amar, y poner lo que ejercita el amor. Conseguir morir a la independencia, para vivir dependiendo libremente del amor que Dios me tiene[56].

-O sea, Jesús ofrece la libertad, y el hombre entra en esa libertad sacrificándose, es decir, curándose de su independencia para darse amando.

Jamás se le hubiese ocurrido a Pipa que la misa es la acción de Dios que obtiene la auténtica libertad para el hombre. Para ella, ser libre significaba simplemente no estar confinado a una cárcel, sin embargo entendía ahora que hay muchos tipos de esclavitud y que podemos confundir la libertad con autodeterminación, o con autonomía, pero la verdadera libertad es aceptar la dependencia de Dios, que es quien nos creó. De todas formas, no estaba muy segura de haber cogido la idea. Y escribió en su libreta:

El protagonista de la misa es Jesús. Pero no solo él: yo también soy protagonista. La misa es también mía. Se entrega Jesús y me entrego yo. Resucita Jesús, y yo también resucito con él a su nueva vida. El me salva de la muerte, y de vivir muerto. El libera mi libertad de su enfermedad.

...y su consejo de las dos señales de la cruz

Efectivamente, la libertad de Escocia era importante, pero... poca cosa. Cuando se iban a despedir, Pipa le pidió un consejo práctico.

-¿Te has fijado lo primero y lo último que se hace en la misa?

-Sí, la misa comienza y termina con un beso –respondió Pipa, recordando lo que le dijo Pedro-.

-Es verdad. Y ¿además del beso?

-¡Ah! ¡Es verdad! La señal de la cruz.

-Así es. Mi consejo es que hagas bien, con sentido, la señal de la cruz al comienzo y al final de la misa. Pero que sepas que tienen distinto sentido una y otra.

-¿Qué sentido tiene santiguarse al empezar la misa?

-La señal de la cruz es una marca. Igual que un coche se marca con una circunferencia con tres radios, o con la figura de un jaguar, o un león rampante o un rombo... Viendo la marca, sabemos a qué fábrica de coches pertenece. El cristiano está marcado por la cruz de Cristo. La cruz le marca porque fue liberado por ella[57]. Comenzamos la misa con la señal de la cruz para recordar y reconocer que la cruz nos ha salvado y por eso pertenecemos a Jesús.

-Está bien: no tenía ni idea. ¿Y la señal de la cruz que hacemos al final de la misa?

-Tiene otro sentido. El sacerdote, al final, invoca el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos da la bendición de Dios. La bendición es acción de Dios. Le pide que bendiga nuestra vida cristiana, y nosotros la aceptamos santiguándonos. Ha terminado la liturgia celebrada y comienza la liturgia vivida: ha terminado la celebración de la eucaristía, y comienza la eucaristía vivida. Y Dios nos da su bendición para hacernos capaces de realizarlo, viviendo con la libertad de los hijos de Dios: quiere ayudarnos a que en cada momento seamos libres para amar.

-Muchas gracias: un buen consejo –dijo Pipa, dándose cuenta de que la vida de William Wallace había sido, por lo que conocía ella, una vida entregada-

[1] “Yo he vencido al mundo”, Juan 16,33.

[2] Carpenter, Cartas de J.R.R. Tolkien, pág. 300

[3] “En él todo se ha convertido en un sí, en Él todas las promesas han recibido un sí. Y por Él podemos responder Amén a Dios, para gloria suya” de la segunda carta a los Corintios 1,15-2,11.

[4] “Es doctrina segura: si morimos con él, viviremos con él. Si perseveramos, reinaremos con él. Si lo negamos, él también nos negará”, de la segunda carta de san Pablo a Timoteo 2, 9-11

[5] Carpenter, Cartas de J.R.R. Tolkien, págs. 466-467

[6] “La vida del hombre sobre la tierra es milicia”, Job 7, 1

[7] Por eso los primeros cristianos a la misa la llaman ‘Eucaristía’, que significa ‘Acción de gracias’.

[8] “a través de la puerta abierta del cielo”, Apocalipsis 4, 1

[9] Cristo ha hecho entrega de sus misterios a la Iglesia. Cfr. Concilio de Trento, sesión 22

[10] Segundo libro de Samuel 6, 5-15

[11] “¿Quién ha medido a puñados el mar o mensurado a palmos el cielo, o a cuartillos el polvo de la tierra? ¿Quién ha pesado en la balanza los montes y en la báscula las colinas? ¿Quién ha medido el aliento del Señor? ¿Quién le ha sugerido su proyecto? ¿Con quién se aconsejó para entenderlo, para que le enseñara el camino exacto, para que le enseñara el saber y le sugiriese el método inteligente? Mirad, las naciones valen lo que el polvillo de balanza. Mirad, las islas pesan lo que un grano... En su presencia, las naciones todas como si no existieran, valen para él nada y vacío”, Isaías 40, 10-17.

[12] “El cual es la imagen del Dios invisible”, de la carta de san Pablo a los colosenses 1, 15

[13] “Dios ha mostrado con nosotros su amor, porque, aun siendo pecadores, Cristo ha muerto por nosotros”, de la carta de san Pablo a los romanos 5, 8

[14] “Todo lo que era visible en Cristo ha pasado a los sacramentos”. Sermón 2 de la Ascensión del Señor, de san León Magno.

[15] “Después de haberlo oído, muchos de sus discípulos dijeron: ‘Dura es esta doctrina: ¿quién podrá escucharla?’”. Evangelio de san Juan 6, 60

[16] “Entonces Jesús dijo a los Doce: ‘¿Queréis iros también vosotros?’ Simón Pedro le respondió por todos: ‘Señor, ¿adónde iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios’”. Evangelio de san Juan 6, 67-69

[17] “El Señor los protege y los libra, los libra de los malvados y los salva porque se acogen a él”. Salmo 36

[18] “Metieron el arca del Señor y la instalaron en su sitio, en el centro de la tienda que David le había preparado. David ofreció holocaustos y sacrificios de comunión al Señor”. Segundo libro de Samuel 6, 17

[19] “Y cuando terminó de ofrecerlos, bendijo al pueblo invocando el nombre del Señor, de los Ejércitos; luego repartió a todos, hombres y mujeres de la multitud israelita, un bollo de pan, una tajada de carne y un pastel de uvas pasas a cada uno”. Segundo libro de Samuel 6, 18-19

[20] “...sellado el pacto con un sacrificio”. Salmo 50

[21] “He aquí el ritual del sacrificio de reparación:...”. Levítico 7, 1-6

[22] “He aquí el ritual del sacrificio de comunión ofrecido al Señor. Si se ofrece en acción de gracias, además del sacrificio de acción de gracias, se ofrecerán...”. Levítico 7, 11-18

[23] “Porque la ley del Espíritu de la vida que está en Cristo Jesús te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte”. Carta de san Pablo a los Romanos 8, 2

[24] “...recibisteis un espíritu de hijos de adopción... Y si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos de Cristo; con tal de que padezcamos con él, para ser con él también glorificados”. Carta de san Pablo a los Romanos 8, 15-17

[25] “En un sacrificio como éste, la muerte tuvo su parte, pero la víctima permaneció viva, la muerte resultó castigada, la víctima, en cambio, no perdió la vida.” Sermón 108 de san Pedro Crisólogo, comentando el salmo 52

[26] “Misterioso sacrificio en que el cuerpo es ofrecido sin inmolación del cuerpo, y la sangre se ofrece sin derramamiento de sangre. ‘Por la misericordia de Dios, -dice san Pablo-, os suplico que os ofrecáis vosotros mismos, como sacrificio vivo’”. Comentario al salmo 52 de san Pedro Crisólogo.

[27] “...hasta alcanzar la edad adulta, el desarrollo que corresponde al complemento del Mesías”. Carta a los Efesios 4, 13

[28] “Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron, no lo ocultaremos a sus hijos, lo contaremos a la generación venidera: las glorias del Señor, su poder, las maravillas que realizó. Porque él hizo un pacto con Jacob dando leyes a Israel: él mandó a nuestros padres que lo enseñaran a sus hijos, para que lo supiera la generación venidera y los hijos que nacieran después. Que los descendientes se lo cuenten a sus hijos para que pongan en Dios su confianza y no olviden las acciones de Dios...”. Salmo 78, 3-7

[29] “Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, sino que yo la doy libremente”, Juan 10, 17-18.

[30] “Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida... quien me come vivirá gracias a mí” ,Juan 6, 56-57.

[31] “El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”, Juan 6, 56.

[32] “...una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros”, de la segunda carta de san Pablo a los corintios 4, 7.

[33] “El sacerdote ofrece la sangre en la persona de todos”; el sacerdote no consagra sino en la persona de Cristo”. Santo Tomás, Suma Teológica, Tercera parte, cuestión 80, artículo 2, ad 3m y cuestión 82, artículo 2, ad 2m.

[34] “Que os améis unos a otros, como yo os he amado” ,Juan 13, 34.

[35] “Cuando llegó la hora, se puso a la mesa y los Apóstoles con él. Y les dijo: Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer”, Evangelio de san Lucas 22, 15.

[36] “Nadie tiene amor más grande que el de dar uno la vida por sus amigos”, Evangelio de san Juan 15, 13.

[37] “He observado la miseria de mi pueblo... he oído su clamor... conozco sus sufrimientos”. Exodo 3, 7

[38] “...entró de una vez por siempre en el santuario.... Con su propia sangre, obteniendo una redención eterna” Carta a los hebreos 9, 12

[39] “Aquí estamos yo y los hijos que me has dado”. Carta a los hebreos 2, 13

[40] “Vosotros os habéis acercado a la ciudad del Dios vivo, a millares de ángeles en fiesta, a la asamblea de los primogénitos inscritos en el cielo, a Dios, juez de todos, a las almas de los justos que han llegado a su destino y al Mediador de la nueva alianza, Jesús”, de la carta a los hebreos 12, 22-24.

[41] Entramos “donde el Mesías está sentado a la derecha de Dios” de la carta a los colosenses 3,1.

[42] “Ese día no pasó de modo que haya pasado también la fuerza íntima de la acción que realizó en aquel tiempo el Señor”. Sermón 2 de la Ascensión del Señor, de san León Magno.

[43] “La Iglesia... crecía con el consuelo del Espíritu Santo”. Hechos de los apóstoles 9, 31

[44] “Vuestra vida está escondida con el Mesías en Dios”, de la carta a los colosenses 3,3.

[45] “Nos marcó con su sello”, de la según carta de san Pablo a los corintios 1, 22.

[46] En su última obra que compuso en prisión, escribe: “Señor, ¡qué duro es amar y no manifestarlo!” (Mc Gobern, Tomás Moro, un hombre para la eternidad: V n.234)

[47] “...el mismo que resucitó a Cristo de entre los muertos dará vida también a vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros” de la carta de san Pablo a los romanos 8, 11.

[48] “No te sorprendas de que te haya dicho que debéis nacer de nuevo”, Juan 3, 7.

[49] “Te invadirá el Espíritu del Señor, te convertirás en otro hombre”, del primer libro de Samuel 10, 6.

[50] “...la ley del Espíritu de la vida que está en Cristo Jesús te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte” de la carta de san Pablo a los romanos 8, 2.

[51] “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna”, Juan 6, 54.

[52] “Todos nosotros...vamos siendo transformados en su misma imagen, cada vez más gloriosos, conforme obra en nosotros el Espíritu del Señor”, de la segunda carta de san Pablo a los corintios 3, 18.

[53] “Ya no quiero seguir viviendo una vida de hombres”. Carta a los romanos, de san Ignacio de Antioquía, 6, 1-9, 3

[54] “Estoy dispuesto a morir, por no morir”. Confesiones de san Agustín, libro 1, 1-2, 2. 5, 5

[55] “...será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la libertad gloriosa de los hijos de Dios” de la carta de san Pablo a los romanos 8, 21.

[56] “En esto consiste el querer ser coheredero con Cristo, esto es realizar el mandamiento de Dios y cumplir la voluntad del Padre”. Del tratado sobre el Padrenuestro, de San Cipriano, nn. 13-15

[57] “No os poseéis en propiedad, porque os han comprado pagando un precio por vosotros”, de la primera carta de San Pablo a los Corintios 6, 19-20.